



INSTITUTO
UNIVERSITARIO
DE DESARROLLO
Y COOPERACIÓN
UCM



Contando hasta el 2015

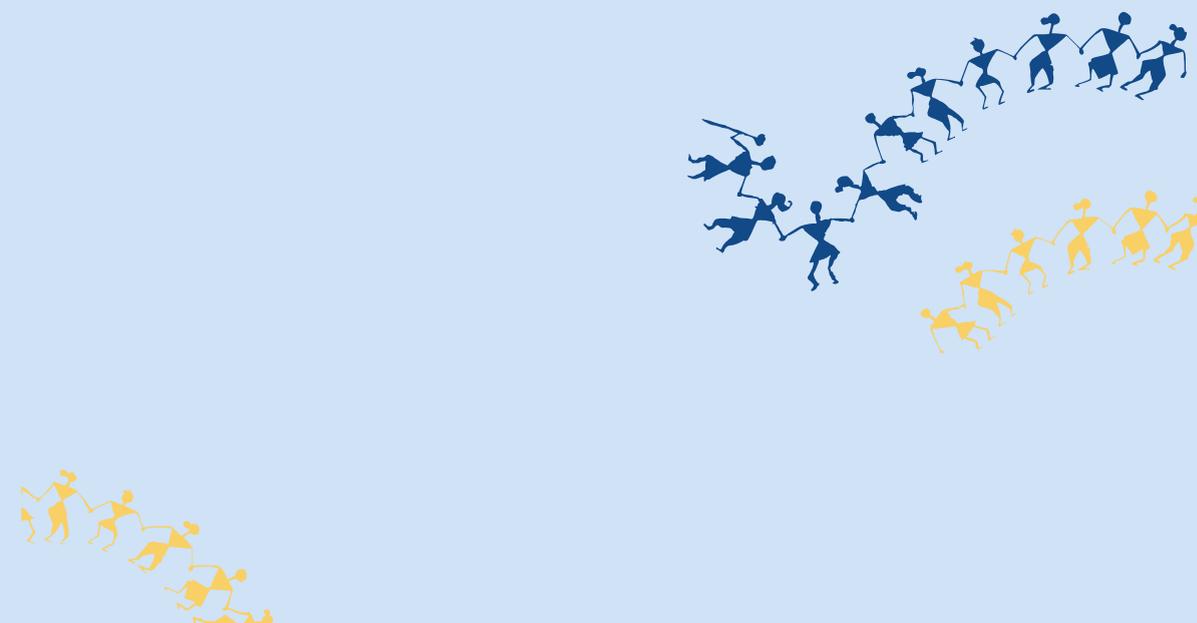
Relatos y ensayos por el cumplimiento
de los Objetivos de Desarrollo Internacional

Contando hasta el 2015

2015

La pobreza constituye una violación de los derechos humanos. Su incremento y los retos que plantea la superación de la brecha Norte-Sur obliga a pensar en la dura realidad que se impone a millones de personas y en la necesidad de que la ciudadanía mundial participe en su erradicación.

La Fundación IPADE y el IUDC-UCM convocaron el concurso "Contando hasta el 2015", cuyas obras ganadoras contiene este libro, con el fin de acercar a la sociedad, desde la expresión individual, a un importante proyecto colectivo: la consecución, para 2015, de los Objetivos de Desarrollo Internacional.



Contando hasta el 2015

Relatos y ensayos por el cumplimiento de los Objetivos
de Desarrollo Internacional





C/Altamirano 50, 1^a
28008 Madrid
Telf. 91 544 86 81
www.fundacion-ipade.org
comunicacion@fundacion-ipade.org

Creada en 1987, la Fundación IPADE (Instituto de Promoción y Apoyo al Desarrollo) promueve el desarrollo humano sostenible, junto a sus socios del sur y las poblaciones implicadas, en países empobrecidos de América Latina, África y Asia. Con su trabajo ha hecho realidad que miles de familias mejoren sus niveles de ingreso y dispongan de agua potable y electricidad en sus viviendas mediante energía solar.

© Cada obra es de un Autor
© De esta Edición: Fundación Ipade

Diseño de portada: Álvaro Sánchez de la Riva
Maquetación: OPINDIGITAL/Álvaro Sánchez de la Riva
Foto: Gloria Muñoz

Índice

Prólogo, Antonio Gómez Rufo “No a la pobreza”, Área de Comunicación de IPADE	7
Relatos	11
El sicómoro, Javier Lorenzo Ibáñez	13
En el Camino, Eugenia Gómez Romero	21
Algún día, en Lusaka, José Luis Rodríguez Martínez	27
La colina de la luna, Queta García	35
Ensayos	39
Medios de comunicación para el desarrollo. (Una experiencia africana), José María Valle Torralbo	41
Despertar en Delhi, Mónica Arévalo	51
2015 o el futuro irreductible, Walter Cenci	57

Este libro contiene las obras ganadoras del concurso de relato corto y ensayo “Contando hasta el 2015”, convocado por la Fundación IPADE y el Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación de la Universidad Complutense de Madrid (IUDC-UCM) en otoño de 2002.

El jurado valoró especialmente la calidad literaria y de redacción, así como una visión positiva del desarrollo humano, que animase al cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo Internacional para el 2015.

Jurado

Antonio Gómez Rufo, escritor y miembro del Patronato de IPADE.

Paula Izquierdo, escritora.

M^a Teresa Lobo Abreu, Jefa del Servicio de Cooperación al Desarrollo de la Dirección General de Inmigración, Cooperación y Voluntariado de la Consejería de Servicios Sociales de la Comunidad de Madrid.

Raquel Martínez-Gómez, Coordinadora del Área de Comunicación de la Fundación IPADE.

Alfonso Gamó, Director Técnico del IUDC-UCM.

Prólogo

Los horizontes tienen el inconveniente de que mienten: se pretende alcanzarlos mientras se suceden, de un modo interminable, llevándonos cada vez más lejos. Pero de no existir los horizontes, ignoraríamos cómo caminar; y hacia dónde.

El 2015 es un horizonte, pero no una meta. Es una fecha marcada como un reto: el desafío que se impone a sí misma la sociedad solidaria internacional para cumplir unos objetivos que, dicho sea de paso, deberían haberse logrado mucho antes. Pero no ha sido así; como es posible que, llegada la fecha, comprobemos que tampoco se han conseguido. Me atrevo a afirmar que, si sucediese así, tampoco debería ser motivo para el desconsuelo, ni portón abierto a la frustración. La utopía lo es porque es inalcanzable: no depende de nosotros. Pero el motor utópico es aquello que nos impulsa a perseguirla, a ir en su busca: como una cadena de bicicleta que se mueve a impulsos de pedaleadas. Y eso sí depende de nosotros. Mientras mantengamos en marcha el motor utópico, mientras vislumbremos un horizonte, mientras nos propongamos una meta y mientras caminemos en su busca, no estaremos sino cumpliendo con nuestro deber.

En esta campaña de educación y sensibilización para el desarrollo, que se ha dado en denominar “Agenda 2015”, y que gira en torno a la consecución de los Objetivos de Desarrollo Internacional, la Fundación IPADE y el Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación de la Universidad Complutense de Madrid (IUDC-UCM), han tenido la buena idea de convocar los premios literarios cuyo fruto es el libro que sigue. Un concurso o premio literario en las modalidades de relato y de ensayo que ha tenido la virtud de llamar a muchos y la fortuna de que las respuestas han sido, además de numerosas, de gran calidad.

Suele decirse a modo de cortesía para con los concursantes y con intenciones laudatorias para el propio premio, para su prestigio; y para sus convocantes. Pero en este caso además fue cierto: los miembros del jurado tuvimos que llevar a cabo una minuciosa labor de evaluación de los trabajos presentados para intentar atinar con los merecimientos y cualidades de los textos que nos fueron sometidos a examen. De los relatos presentados, hubiese podido extraerse con relativa facilidad media docena, quizá alguno más; de los ensayos, otro tanto puede decirse. Y, no obstante, el deber del examinador es establecer jerarquías cualitativas para la distribución de honores que se establecen en las bases y que nosotros, los primeros, tenemos el deber de cumplir. Pero no deseo que per-

manezca sin reflejarse la realidad de que quedaron sin premiar trabajos ensayísticos que también lo merecían y relatos de ficción, de narrativa, cuya lectura fue un verdadero regalo para muchos de nosotros.

Satisface comprobar, como escritor, el número de convecinos y ciudadanos del mundo que poseen tan alta capacidad fabuladora, tan esmerado dominio del lenguaje y tanta vocación literaria. Uno piensa, en ocasiones, qué sería de nosotros si tantos buenos escritores como permanecen en el anonimato abandonasen su condición vocacional y traspasaran el umbral de la profesionalidad. Dejémoslo así.

De todos modos, lo importante para IPADE y el IUDC-UC, como para el programa mundial en que se ha englobado este concurso, es la participación: lo que de sensibilización pueda tener y todo aquello que colabore para culminar las propuestas pensadas para el 2015. En este aspecto, no creo exagerar si afirmo que el resultado, más allá de lo puramente literario, es más que satisfactorio. Y que iniciativas como esta, aunque no hubiesen sido gratas en lo artístico, merecen el esfuerzo.

Y si además, como es el caso y se puede comprobar en los textos que siguen, la buena cultura no permanece al margen de las aspiraciones humanitarias, poco más cabe pedir.

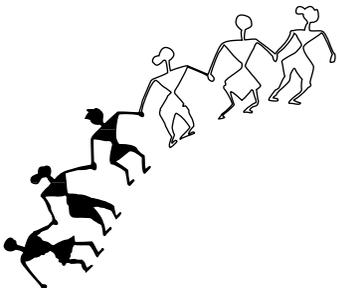
Que disfrute el lector con la lectura de cuanto sigue, al menos lo mismo que disfrutamos los miembros del jurado cuando seleccionamos los premios, es lo que deseo.

Y que estos premios sean una pedalada más sobre la cadena de ese motor utópico al que me refería al principio de estas líneas para que el mundo, o el horizonte de ese mundo, alguna vez deje de mentir y nos topemos con él.

Cuando ningún ser humano llegue a creer que en esta tierra, la de todos, es un elemento extraño.

Antonio Gómez Rufo

Relatos



El sicómoro

Encontramos al hombre blanco tendido entre los cafetales echados a perder. Un charco de sangre había apelmazado las hojas caídas y la hierba a su cuerpo desnudo y las hormigas ya se habían adueñado de partes de su piel. Si habían sido los señores de la guerra o simples ladrones quienes le dieron por muerto no lo supimos hasta mucho tiempo después; más allá incluso de su recuperación, porque el hombre blanco, pese a las apariencias y la lógica, aún respiraba en aquella mañana cálida y ventosa que nunca intuimos adónde nos iba a llevar.

El día que el hombre blanco abrió por fin un ojo, a su alrededor había una nube de chiquillos curiosos entre los que me encontraba. Entonces se le pudieron hacer todas las preguntas pero Maray, mi madre, impuso su instinto protector a su curiosidad natural y se conformó con escuchar su nombre y saber de dónde procedía para luego agitar la escobilla ante nuestros rostros y ahuyentarnos de la habitación mientras gritábamos:

-Juan Spaniol, Juan Spaniol.

Aquel turbio suceso le supuso al hombre blanco la pérdida del ojo que no pudo abrir y también dos piernas rotas que le dejaron una leve cojera, además de otras lesiones más o menos visibles y más o menos dolorosas. Tal vez no le hubieran quedado tantas secuelas físicas de haber recibido otros cuidados, pero diré en nuestro descargo que le habríamos llevado a un hospital de no haber sido porque todos estaban derruidos y tampoco existía en la ciudad un solo médico que fuera digno de tal nombre, así que nos quedaban dos alternativas: o llevarlo con nosotros o abandonarlo a su suerte. Y de no haber sido por mi hermana Ulía, que le apartó el pelo de la cara, le palpó el cuello y encontró su aliento, es más que probable que a esas alturas las venas del hombre blanco, de aquel Juan Spaniol, ya se hubieran convertido en raíces de cafeto.

Luego, lo que son las cosas, resultó que el hombre blanco no se llamaba Juan y que tampoco era español. O sí que lo era, pero nunca quiso ponerse en contacto con su consulado o cualquier otra instancia oficial de su país y tampoco parecía muy conforme con su nacionalidad, que calificaba como “ese accidente”. Después de que nos contara la verdad -o quizás otra clase de mentira-, insistió en que le llamáramos por su verdadero nombre y no le añadiéramos ese apelativo; ese Spaniol que tanto le molestaba pese a que -curiosamente- lo había usado para ocultarnos su identidad. Sin embargo, fuera porque ya habíamos cogido el hábito o porque quisimos tomarnos esa pequeña ven-

ganza nadie se dio por aludido, así que al cabo del tiempo, cuando alguien le llamaba Spaniol con esa ese líquida tan nuestra, él ya ni se inmutaba. Por otro lado, tampoco nos extrañaba en absoluto que alguien quisiera dejar de ser lo que es. Para gran parte de mi pueblo, de hecho, es desde hace muchos siglos una ley de vida, una ineludible ambición.

Mi padre era mitad ganadero, mitad buhonero, y gracias a ello la guerra, que se levantaba o desaparecía tan caprichosamente como el viento que viene del desierto, nos castigaba menos que a la mayoría de nuestros compatriotas. De no haber sido así ni siquiera nuestras generosísimas normas de hospitalidad hubieran bastado para que Spaniol se albergara bajo nuestro techo. Y cierto que a mi padre, Isán Bali, los demonios le tiraron de las barbas cuando se enteró de nuestro hallazgo, pero había alimento suficiente y los pies y la cabeza del hombre blanco ya habían traspasado el umbral de nuestra casa, así que no le quedó otro remedio que resignarse. Con todo, buscaba el lado mercantil al asunto.

-Cuando mejore, sí. Algo tendrá que pagar por nuestra ayuda. Es blanco.

No podía reprocharle su avaricia; gracias a ella comíamos los cinco que éramos en la familia. Ahora casi recuerdo a otros dos hermanos mayores, pero entonces era mejor no pensar en ellos para no imaginarlos deslizándose por el río con el vientre hinchado o lacerados y mutilados en alguna cuneta llena de polvo y ratas saciadas. En casa nunca se mencionaban sus nombres, pero mi madre guardaba de ambos, como de mí, el fruto de su circuncisión y a veces miraba o acariciaba con ternura la cajita de madera que los contenía.

Mi abuela Mina era el primer integrante de nuestra familia (ustedes, los europeos, habrían escrito el quinto o tal vez el último). Cómo había conseguido atravesar tantas plagas, maldiciones y crímenes era un misterio, y era tan vieja que ya había pasado la cincuentena y recordaba cosas que yo jamás había oído antes a otras personas. Hablaba del nacimiento de nuestro país y de las guerras contra los franceses, que eran parecidos a los españoles pero distintos ("Abú, como los de la otra orilla del gran río a nosotros"). Expresaba con cantos -¿cómo mejor, si no?- la alegría de aquellos días tan efímeros y engarfiaba los dedos y hacía horribles muecas para definir la atroz miseria y el dolor que vinieron después. Tras haber sido testigo de varios de estos relatos Spaniol mostró afecto por mi abuela, le besó la frente y juntos compartieron como hermanos el ñame y la sal.

En mi casa hay un amplio patio que hace las veces de corral y que está dominado por las frondosas ramas de un sicómoro. Aún hoy sigue siendo nuestro lugar predilecto para conversar y huir del calor. Allí, apoyado en su tronco, Spaniol pasó la convalecencia. Se le veía frecuentemente acompañado por mi hermana Ulía, la cual se sentía resp onsable de aquel extranjero pálido de quien aún no sabíamos gran cosa. Una vez leí que en China si le salvas a una persona la vida ya tienes que ocuparte de ella hasta que se muera. Pues algo parecido era lo que debía experimentar mi hermana, que disfrutaba apartándole las moscas de los vendajes, dándole a beber leche de cabra o enseñándole los rudimentos de nuestra lengua, siempre bajo la atenta mirada de mi madre. Estoy seguro de que Spaniol agradecía sinceramente esos cuidados, pero en muchas ocasiones la mirada se le perdía, las pupilas y la frente se le llenaban de nubarrones y entonces daba la impresión de que se arrepentía de haber sido salvado. Y si cualquiera de nosotros, preocupado por su sombrío aspecto, le preguntaba qué le ocurría, nunca contestaba.

Un día, Spaniol pidió papel y lápiz para escribir. Era un signo evidente de recuperación y supusimos que en el momento en que las piernas pudieran sostenerle se alejaría de nuestro hogar para siempre. Esa sospecha se agudizó cuando al cabo de unas semanas apareció un jeep y de él bajó una mujer blanca con gafas oscuras. Era un hecho tan insólito que enseguida se formó una multitud a la puerta de nuestra casa. Ulía palideció al verla y acabó desapareciendo entre la ropa tendida. Aquélla

-debió pensar- era su esposa y se lo llevaría. Pero no sucedió así, pues aparte de entregarle varios paquetes y de estar hablando con él casi hasta la puesta de sol la mujer blanca se marchó con gesto hosco y más rapidez que cuando llegó. Poco después regresó mi padre. Spaniol le aguardaba con un fajo de billetes verdes y una propuesta que no podía rechazar; así se convirtió definitivamente en nuestro huésped.

Spaniol era mañoso y se construyó unas muletas con las que empezó a deambular por aquí y por allá, aunque sin dar muestras de querer salir a la calle o contactar con algún otro hombre de su raza, los cuales, dicho sea de paso, no saben que son blancos debido a que perdieron su auténtica piel y tampoco que ya jamás la podrán recuperar.

De lejos se veía que Spaniol era un hombre acostumbrado a vivir solo; de esos que si se pierden en la selva, al cabo de una semana los leones se apartan al olfatearlos. Y aunque a veces sonreía, en su mirada persistía una niebla lúgubre y fría; como la de alguien que jamás hubiera sentido el miedo. Incluso en la mayor de las desgracias el nuestro es un pueblo alegre, así que yo me preguntaba si esa tristeza de Spaniol se debía al duro trance que aún estaba atravesando o si era fruto de su vida anterior. Una mañana me armé de valor -pese a que él era siempre amable conmigo- y me dirigí hacia el sicómoro.

-Spaniol... ¿Por qué sientes pena? ¿Es por ti?

Enarcó las listas de cebra que tenía sobre los ojos.

-¿Por qué dices eso, Abú?

Siempre estás triste... ¿Es por algo malo que hiciste?

Juntó las manos sobre su barbilla y se quedó pensativo, mirándome a través de su única pupila como si a través de mí pudiera encontrar la respuesta.

-Es posible, Abú; es posible.

-¿Mataste a alguien?

Pensé que no me contestaría, pero sin embargo lo hizo.

-Sí, Abú; he matado a varias personas. A niños incluso. En mi país y aquí en África también.

-¿Y por qué lo hiciste, Spaniol?

-Porque creí que yo tenía toda la razón, supongo. También por dinero. Si hubiera sabido lo que ahora sé y hubiera sufrido lo que me ha tocado sufrir, tal vez jamás lo hubiera hecho.

Creo que le miré con lástima y tal vez él se arrepintió de haberme confesado la parte más tenebrosa de su existencia.

En el tiempo que estuvo vivo entre nosotros -en cierto modo aún lo está-, sólo vi un arrebato de entusiasmo surgir de su espíritu. Hacía tiempo que no se oían ráfagas de ametralladora ni tampoco el silbido de los obuses y la vida había recuperado un tanto su pulso habitual. Spaniol ya podía moverse, pero seguía encerrado por voluntad propia en nuestra casa. Leía y releía los libros que la mujer blanca le había traído en aquellos paquetes y también dibujaba cualquier cosa o persona a lápiz o bolígrafo consiguiendo notables parecidos. Mi abuela, que a esas alturas ya sabía que sólo se comportan así quienes huyen de sí mismos más que de los demás, me cogió del brazo un amanecer y me pidió que la acompañara al centro de la ciudad.

-Tengo una sorpresa para Spaniol -dijo enigmáticamente-.

Atravesamos pues el hirviente bullicio entre casas derruidas y grandes socavones, accedimos a un edificio de varias plantas y mi abuela me dejó en un banco mientras ella entraba en una habitación. Al cabo del tiempo oí su voz llamándome. Entré, me presentó a un señor casi tan anciano como ella y luego me señaló una caja de madera de mediano tamaño y un saco. Con ellos a cuestas regresamos. Spaniol estaba bajo el sicómoro cuando mi abuela puso delante de él aquellos objetos con el ademán de quien está haciendo un regalo. La intriga y un cierto azoramiento inundaron a nuestro

invitado, que levantó las pestañas del cierre con la misma ceremonia con la que los chamanes preparan el “ojuí” para luego iniciar una frase de asombro con su palabra favorita:

-¡Coño, una vietnamita!

En efecto, lo que tenía ante sus ojos era una primitiva copiadora, un ciclostil al que no le faltaba nada pues había seguido en activo todos aquellos años.

-Pertenece a mi esposo -subrayó mi abuela-. Se lo había prestado a un amigo, pero ahora quiero que lo tengas tú. Tal vez le saques partido.

Pocas veces en mi vida he visto un abrazo tan cálido como el que le dio Spaniol a mi abuela en ese momento. Luego, introdujo el obsequio en la casa y febrilmente, pero con esa meticulosidad que nunca le abandonaba, dispuso la sencilla máquina con su cilindro y su plancha, agitó los frascos de tinta para asegurarse de que aún estaba líquida y volcó uno de ellos dentro del tambor; también extrajo con sumo cuidado unas hojas de papel aceitoso que colocó sobre una pequeña mesa. Cogió un retrato que había hecho de mi abuela, lo puso sobre uno de estos papeles y comenzó a calcar. Posteriormente, colocó esa hoja rodeando el cilindro, introdujo un papel en blanco en una plancha que había llenado con una sustancia gelatinosa, dio varios giros a una pequeña manivela y, ¡oh, milagro!, allí salió reproducido con toda exactitud el rostro de Mina.

-Mi marido la usó para echar a los diablos franceses -casi declamó mi abuela-. Tal vez aún sirva para espantar demonios.

Si era ése el objeto de aquel aparato, consiguió lo que se proponía. El primer trabajo que Spaniol hizo fue un elaborado dibujo de una hermosa muchacha sentada debajo de un sicómoro. Las copias, aunque plasmadas en el humilde papel, salían hasta enmarcadas y como sólo se podían hacer a una tinta, Spaniol las coloreaba más tarde con un rutilante juego de ceras. A mí me encantaba el resultado y hasta le pedí permiso para venderlas, pero tuve poco éxito y apenas saqué unos cientos de dingas por aquellos dibujos. En cualquier caso, eso era lo de menos. Lo que realmente me gustaba era girar aquella pequeña manivela, sentir el deslizarse lento y suave del rodillo sobre la plancha y observar cómo el papel parecía estar saliendo de un intenso desperezo. Cuando Spaniol me dejaba hacerlo, yo me sentía feliz.

Estaba un día contemplando cómo coloreaba el árbol que nos cobijaba, cuando Spaniol lo señaló.

-Buena madera, ¿verdad, Abú?

-Oh, sí, Spaniol. Muy buena. La gente hace muebles y también canoas con ella. Nunca se estropea. Nos aconsejaron que lo cortáramos, pero mi padre no quiso.

-Hizo bien. Es un árbol muy interesante. ¿Sabías que es un símbolo de inmortalidad? En el antiguo Egipto enterraban a la gente debajo de los sicómoros porque creían que en ellos vivían tres diosas, Isis y otra dos de las que no me acuerdo, las cuales se encargaban de alimentar al difunto para toda la eternidad.

Miré los pequeños frutos blanquecinos que pendían de las ramas del sicómoro y me pregunté si sería aquello de lo que se nutrían los cadáveres. No tenían un aspecto muy apetecible ni siquiera para un muerto, pero a veces las ideas absurdas son las que más tranquilizan los espíritus.

-Spaniol, ¿tú crees eso?

-Abú, yo me creo ya cualquier cosa.

Pasó el tiempo y la guerra volvió a estallar, suponiendo que alguna vez se hubiera apagado. Regresaron los uniformes verdes, las miradas huidizas y los latigazos de los proyectiles. Bandas que nunca se sabía si eran de militares, guerrilleros o criminales se aprovechaban del terror y de sus AK-47 para imponer su ley. Como siempre. Yo creí que Spaniol se marcharía, visto el cariz que tomaba el asunto, pero se quedó, y una noche en que me asomé fugazmente a su habitación observé cómo un paño lustraba una pistola. Me asusté y se lo dije al día siguiente a mi abuela.

-Querrá estar preparado -fue su seco comentario-.

Los ataques de la guerrilla se recrudecían y el miedo aumentaba día a día, aunque Mina más que asustada se mostrara indignada y repitiera constantemente:

-¡Nunca nos dejarán en paz! ¡Nunca!

En ese tiempo, una bomba cayó en la barriada, mató a dos niños e hirió gravemente a su madre y a otras personas. La desolación nos inundó y algunos vecinos comenzaron a prepararse para partir hacia zonas más seguras, pero mi abuela no estaba dispuesta a huir, así que se dirigió a Spaniol y le preguntó si podría escribir en un papel algunos consejos sobre cómo actuar en casos de peligro. Tal vez no fueran muy útiles, pero tranquilizarían a la gente. Spaniol estuvo de acuerdo y ambos se pusieron manos a la obra.

Más de quinientas hojas con esos consejos salieron del viejo ciclostil y se repartieron por todas partes. Algunos consejos eran tan simples como tirarse al suelo o pegarse a las paredes; otros eran más especializados, como por ejemplo no dar de beber a alguien al que hubieran herido en el vientre, y aunque no todo el mundo sabía leer, quienes sí sabían explicaban a los demás lo que allí se decía y al final no había nadie que desconociera las reglas básicas. La idea fue tan comentada que hasta el gobierno de la ciudad siguió con la tarea y ya no hubo barrio en el que no se supiera lo malo que era asomarse a una ventana cuando arreciaban los tiros.

-¿Habremos salvado alguna vida? -preguntó un día Spaniol a mi abuela-.

-Seguro, Spaniol; seguro. Muchas más que si hubiéramos tenido un tanque.

Y su boca desdentada reía con la alegría de una adolescente.

Durante una noche cálida y estrellada, siete soldados ebrios entraron en nuestra casa. Nos sorprendieron en mitad del sueño y tal como estábamos nos sacaron al patio. La presencia de un blanco les extrañó, pero no por eso dejaron de apuntarnos. "Dinero, dónde tenéis el dinero", preguntaban nerviosos bajo las antorchas, y mientras mi padre intentaba explicarles que apenas teníamos para sobrevivir el que tenía más adornos en el uniforme se desentendió de él, se fijó en Ulía y, tras acercarse a ella, le levantó la barbilla del pecho.

-Bueno -dijo riendo a sus hombres-, tal vez hayamos encontrado algo mejor.

Los dientes de los soldados relucieron en la oscuridad y varios de ellos se aproximaron a mi hermana en cuanto oyeron la sentencia.

-Ella vendrá con nosotros.

Un culatazo en la boca fue la respuesta a la protesta de mi padre, que cayó sangrando al suelo, pero nadie pudo callar los gritos. Los soldados comenzaron a arrastrar a Ulía, que se debatía inútilmente, cuando de pronto surgió la voz de Spaniol.

-Yo tengo mucho dinero -dijo en francés-.

Los raptores se detuvieron y el jefe, cuyo rostro estaba atravesado por una fea cicatriz de machete, se acercó a Spaniol como un león a una cebra.

-Pero dejaréis libre a la muchacha y os iréis.

-Claro, hombre blanco, claro -respondió la cicatriz-. ¿Lo tienes aquí?

-Dame tu palabra.

-La tienes, hombre blanco, la tienes. Estimo mi palabra tanto como mi vida. Y ahora, ¿dónde tienes el dinero?

-En la casa.

-Bien, bien. Vete a recogerlo y tráenoslo.

Hizo una señal y dos hombres lo acompañaron al interior. Cuando regresaron, Spaniol llevaba consigo una caja negra que yo jamás había visto antes. Se detuvo unos pasos antes de llegar hasta la cicatriz que le aguardaba sonriente.

-Me diste tu palabra, capitán.

-Oh, claro, claro, hombre blanco, pero ¿sabes qué es lo que ocurre? -la cicatriz se contrajo como una serpiente- Que yo tengo mi vida en muy poca estima.

-Sí -contestó imperturbable la cuenca vacía de Spaniol- Eso es lo que parece.

Desde donde estábamos, en el suelo, rodeando a mi padre, vimos a la cicatriz inclinarse a un lado. Parecía estar calculando o tal vez recordando algo. Fuera lo que fuera, desapareció de golpe, impulsada hacia atrás por la bala que salió de la pistola de Spaniol, oculta hasta entonces bajo la caja negra que había traído. Luego, antes de que nadie pudiera reaccionar, disparó al soldado que tenía a su izquierda, el más próximo, y sin dejarlo caer lo agarró por el cuello para cubrirse con él. Un instante después, con la sangre fría de un cocodrilo, ya estaba disparando de nuevo; sin perder la compostura ni pestañear, apuntando con precisión mortal. Los soldados habían soltado a mi hermana y arrojado las antorchas buscando refugio, pero mientras corrían apretaban el gatillo y los proyectiles silbaban para estrellarse en las paredes o se hundían con un ruido sordo y desagradable en el cuerpo que a Spaniol le estaba sirviendo de escudo.

Unas voces llenas de miedo y el ruido de unos pies que se escabullían señalaron el final del tiroteo, y cuando saqué la cabeza de debajo de la mano de mi madre vi a Ulía llorando temblorosa en la oscuridad y tres bultos tirados a su alrededor. Luego miré a Spaniol, que en ese momento soltaba su fúnebre carga y se derrumbaba también con ella, como un fardo de mijo que tuviera un agujero por el que se escapa el grano. Me acerqué y vi una mancha oscura en su camisa blanca, a la altura del vientre. Jadeaba mientras sujetaba aún la pistola en su mano. Intuí que aquellos meses que pasó con nosotros sólo habían sido una pequeña prórroga.

-¡Los has matado, Spaniol; los has matado!

-Ulía... ¿Se encuentra bien?

-Sí, Spaniol, sí; todos estamos sanos. Nos has salvado.

Le cogí de la mano y sentí que la mía se llenaba de un líquido tan pegajoso y denso como el de la hevea. Mi abuela se acercó, examinó la herida y una expresión de pesar inundó sus facciones.

-No podré pedirte de beber, ¿verdad, Mina?

-No, Spaniol; me temo que no.

Una mueca recorrió su rostro e hizo un esfuerzo por sonreír.

-Con lo que bien que nos hubiera venido ahora un tanque...

-Calla, Spaniol, calla; no malgastes fuerzas. Pronto te curarás.

-No me engañas, Mina; esto ya no tiene cura.

Luego echó un vistazo a la pistola y dirigiéndose a ella pronunció por última vez su palabra favorita.

-¡Coño, Nekane! Ya era hora de que hicieras algo positivo.

No pudo decir más. Unas convulsiones sacudieron su cuerpo, las pupilas se le agrandaron súbitamente y un escalofrío fue a morir entre los dedos que se aferraban a la culata de la pistola, a la culata de Nekane.

Arrojamos al río a la cicatriz y a sus compañeros, pero el cuerpo de Spaniol fue cuidadosamente lavado y adecentado por nuestras mujeres, a las que les resultaba difícil contener el llanto. Fue mi madre la que sacó la cuestión.

-¿Lo quemaremos?

-Los franceses entierran a sus muertos -replicó mi abuela con suavidad-. Tal vez sea eso lo mejor.

Vino a mi memoria entonces la conversación que habíamos tenido bajo el árbol Spaniol y yo, y se la repetí a ellas. Ambas quedaron en suspenso, intercambiaron sus miradas y esa misma tarde, después de haber hablado con mi padre y mientras las gotas de lluvia se fundían con nuestras lágrimas, enterramos a Spaniol a los pies del sicómoro.

Han pasado casi quince años desde aquel día y hoy ya sé que las otras dos diosas que habitan en el sicómoro se llaman Hathor y Nat, como también sé que el miedo y la ignorancia son las peores plagas que azotan mi tierra. Lo aprendí gracias a Spaniol, quien no mintió cuando, durante aquella maldita noche, aseguró a los soldados que tenía mucho dinero. Mi padre lo encontró metido en una bolsa entre sus pertenencias, pero en cambio no halló ninguna dirección, ningún nombre al que dirigirse para dar la noticia de su muerte. Parecía como si, deliberadamente, Spaniol hubiera borrado todo rastro de su pasado.

Aquella pequeña fortuna cambió nuestras vidas, pero sobre todo la mía, pues mis padres decidieron alejarme de la guerra y la miseria para salvaguardar el futuro del único hijo varón que les quedaba. Mi padre me acompañó hasta la capital, en la costa, y allí, en esa atmósfera pobre y asfixiante pero libre de violencia, me presentó a unos parientes, me dio un beso de despedida y también un último consejo.

-Abú, nunca olvides a qué debes esto.

Jamás lo hice. Jamás en todos aquellos años me desprendí de estos recuerdos y fueron ellos los que marcaron mi voluntad y mis decisiones. Tuve que simultanear los estudios con trabajos marginales y descubrí que la vida no es fácil en ninguna parte, pero para mí no hubo tareas insoportables o imposibles. Yo tenía un sueño y estaba dispuesto a cumplirlo. Por eso, cuando terminé la secundaria y se me ofrecieron varias alternativas, fui fiel a mi memoria, tal vez a una prehistórica impresora, y elegí ser periodista. Como dijo mi abuela, entre el papel y el tanque, me quedé con el primero.

De vez en cuando regreso a mi ciudad natal. No con la asiduidad que yo quisiera porque narrar, reflejar y apoyar la reconstrucción del país es el primero de mis deberes, pero cuando siento los abrazos interminables, las tiernas palabras, las caricias incrédulas, los besos llorosos que se acumulan sobre mí como las abejas sobre las flores, sé que estoy en casa. Me gusta entonces recorrer todos los rincones con veneración y también girar el ciclostil que permanece arrumbado en la habitación que fuera de Spaniol. No puedo girarlo del todo porque alguna parte del mecanismo se ha encasquillado y la manivela sólo abarca un pequeño arco, pero me basta para llenarme de nostalgia. Luego, todos juntos nos sentamos bajo el árbol del patio -que no por casualidad da nombre a la revista que dirijo- y hablamos de cómo nos va la vida mientras mi abuela, que ya es incapaz de pronunciar una palabra, esboza una sonrisa tan perdida como eterna.

En esos instantes, bajo las ramas de ese árbol extranjero -tan extranjero como el cuerpo que cobija, pero ambos tan nuestros como el ronroneo del leopardo-, suelo musitar una súplica. A quién va dirigida no lo sé con exactitud, pero supongo que al menos Isis, Hathor y Nat quedarán satisfechas porque siempre la vierto con absoluta convicción. Hago entonces un esfuerzo por recordar el rostro de Spaniol, esa cara que se ha ido difuminando con el paso del tiempo. El fue un fugitivo; estuvo huyendo la mitad de su vida y eso no le hizo más feliz. Condenado a no poder escapar de sí mismo, sólo un gesto, el que salvó la vida de mi hermana, redimió sus culpas, su amargura y justificó toda su existencia. Tuvo la suerte de morir en paz, pero yo no soy él y no quiero jugármelo todo a una carta. No quiero esperar al último segundo para encontrar las respuestas a todas mis preguntas. Así que, mientras la luz del crepúsculo se filtra entre las ramas del árbol y los sonidos de la selva se multiplican, en mi interior sigue crepitando un viejo sueño y también una promesa, porque algún día no muy lejano mi pueblo recuperará la prosperidad, reivindicará una vez más su orgullo y sabrá por fin lo dura, fiable e incorruptible que puede llegar a ser la madera del sicómoro.

En el camino

Fatna conoce de sobra el camino. Lo hace todos los días por lo menos un par de veces. No es demasiado largo, apenas cinco kilómetros. Hay quien viene desde mucho más lejos.

Fatna camina sola, no es raro que esté sola. Desde siempre ha preferido la soledad. La mayoría prefieren hacer el camino acompañados, pero ella siempre lo hace sola, le gusta más así.

El problema hoy es el calor. Hace mucho más calor de lo normal, aunque lo normal ya sería bastante, pero hoy parece que el sol se ha levantado con más fuerza que otros días y que la brisa, sin embargo, no ha querido despertarse.

A Fatna le pesan los pies, le parece que este camino no lleva a ningún sitio. Es el mismo de todos los días, es cierto, pero está cambiado, es más doloroso que otras veces, es un castigo, no un camino. Quizá sea por sus pies: no es sólo que le pesan, en realidad le duelen. Era mucho mejor cuando llevaba esos zapatos que trajeron los extranjeros. Al principio no le hacía gracia ponérselos, pero enseguida comprobó que era una ventaja no ir sintiendo en las plantas todo lo que había en el suelo. Pero, claro, los zapatos terminaron por deshacerse. Era lo que se podía esperar de ellos. Incluso puede que últimamente ya no fuesen agradables, con los pies tan hinchados.

No sólo sus pies están hinchados, su vientre se está poniendo enorme. Fatna ya ha visto muchos vientres hinchados, pero ninguno le parece tan grande como el suyo propio. Quizá verlos de frente no es lo mismo que contemplarlos desde arriba, pero lo cierto es que, si alguien le hubiese preguntado, ella habría dicho que su bebé abultaba mucho más que cualquier otro que hubiese conocido, que estaba estirándole el cuerpo mucho más de lo que se podía esperar. Y pesa, el vientre pesa mucho, el bebé pesa mucho, toda ella pesa mucho.

El camino que nunca termina, lleno de polvo, de tierra fina que arrastra Fatna con sus pies al pasar. El camino seco que se hace más largo a cada paso. El camino que empieza a moverse, a balancearse de un lado a otro, a difuminarse, a perderse en la conciencia de la mujer, a revolotear en sus

recuerdos de niña. En cierto modo Fatna acaba de dejar de ser niña. Hace muy poco que es mujer y está a punto de convertirse en madre.

Fatna cae al suelo, cansada, incapaz de dar un paso más, de hacer un solo movimiento. Cae poco a poco, despacio, dejándose llevar por la desazón, por el desánimo más completo, por la soledad y la tristeza, por el miedo y el dolor.

Fatna está delirando, soñando, recordando, en un estado de semiinconsciencia al que la ha llevado el agotamiento físico y del que no tiene ninguna prisa por salir.

Recuerda, cuando, hace algún tiempo, todavía jugaba con otras niñas cerca del agua. Entonces había agua cerca del poblado; sí, bastante agua, suficiente como para jugar incluso con ella. Ahora el agua no es un juego. Cuesta horas de andar llegar hasta ella y hay que sacarla desde el fondo de la tierra. Ahora Fatna piensa que ella ya no jugará con el agua, pero que tampoco podrá ver jugar a su hijo con ella.

Fatna siente, de repente, en el vientre una nueva sensación: alguien le aprieta. Puede que el niño vaya a nacer ahora. Tendría que moverse, pero no tiene fuerzas.

Si hubiese tenido alguna forma de contar los días, las semanas, sabría que se encuentra embarazada sólo de siete meses, pero ella no sabe esto, no sabe muy bien tampoco en qué momento pudo quedarse embarazada, ni por qué, ni siquiera sabe su propia edad.

Pero los recuerdos siguen acudiendo a su mente. Recuerda los divertidos juegos con el agua en los días más calurosos de la estación seca, cuando las niñas recogían agua con cualquier recipiente y se la tiraban las unas a las otras. Una sonrisa se dibuja levemente en el rostro de Fatna, hermosos recuerdos, muy hermosos. Pero, casi de forma inmediata, la sonrisa se torna mueca, desgarró en el rostro y esta vez no hay una causa física que lo justifique, siguen siendo los recuerdos. La abuela la llama en sueños. A ella y a otras dos niñas de su edad, las mayores entre las que juegan. Hay que hacer algo: probablemente la abuela las llama para hacer algún trabajo en las chozas o en el campo. ¡Qué pena! Se acabó la diversión. La abuela les dice a las otras que esperen, luego vendrán ellas, ahora es el turno de Fatna. ¿El turno de qué?, se interrogan las niñas, sin atreverse a formular en voz alta la pregunta.

El recuerdo de la voz de su abuela, de su mirada inquieta e inquietante, de la forma de llevarla cerca del arroyo, tras unos arbustos, donde esperaban otras mujeres mayores, con miradas no menos inquietantes, le hace cerrar los ojos con fuerza.

Se recoge el vientre con las manos, adoptando una posición fetal que la proteja, pero ya es tarde, ya es varios años tarde. Ahora ya no se puede evitar la mutilación, el dolor, el inmenso dolor que recorrió su cuerpo infantil no sólo durante unos instantes, sino que se prolongó en días, semanas, meses, años.

En primer lugar fue la desnudez. Tenía que desnudarse, le dijo su abuela. ¿Del todo? Sí, del todo. Tardaremos poco, ya verás, y luego podrás volver a jugar con tus amigas. La posibilidad de volver al juego la animó, pero la ilusión sólo duró unos segundos, hasta que vio brillar la hoja de la cuchilla. ¿Qué pasa? ¿Para qué es esa cuchilla? ¿Qué vais a hacerme? Tranquila, tranquila, verás que esto pasa enseguida, si no, no te querrá ningún hombre, serás la peor niña de todas, ¿es eso lo que quieres?

De nuevo el recuerdo del dolor. Ahora viene acompañado de un sufrimiento auténtico: el vientre se pone tenso, duro, y duele, duele por dentro. Esta vez no sueña. Fatna sabe que este dolor es real. Lo siente y siente el miedo y la angustia de su soledad.

Intenta en vano levantarse, intenta mover las piernas, que están como agarrrotadas. No, ahora es imposible. Hay que esperar. Esperar a que cese la sensación de que algo aprieta, de que el vientre se va a romper. Esperar apretando los dientes con todas sus fuerzas porque el dolor es muy intenso.

Dolor que revive aquel otro dolor, aquel lejano en el tiempo pero no en la memoria, porque algunas sensaciones no se pueden borrar. La evocación de aquellos momentos de tormento no hace más llevadero para Fatna el sufrimiento actual, más bien al contrario, la angustia aumenta, se agranda, crece por dentro y por fuera de su ser, mientras el tiempo pasa, las moscas empiezan a acumularse en torno a su boca y también merodean por entre sus piernas, de donde ha empezado a fluir un líquido tibio.

Y de nuevo los recuerdos. Pasaron muchas semanas hasta que dejó por completo de sangrar. Transcurrieron muchos meses hasta que dejó de doler, mucho tiempo durante el que orinar era un sacrificio importante, sentarse un esfuerzo formidable y caminar una lucha considerable. Las secuelas de la herida no parecían tener fin, pues cuando habían terminado las molestias físicas, las pesadillas continuaron, en forma de figuras femeninas alargadas y grises, que iban acercándose en medio de gritos aterradores, blandiendo hojas de metal relucientes y afiladas.

Aún antes de que el sufrimiento físico hubiese dado paso al malestar emocional, llegó él, y con él Fatna rememoraba las palabras de su abuela: "...no te querrá ningún hombre..." Una sonrisa amarga aparece en su cara: ¡cuánto hubiese dado porque ningún hombre la quisiera! Aquel hombre la quiso, sí, se le notaba en los ojos, en la boca,... que la quería, la quería para él, aún cuando ella estaba aterrada y no podía imaginar qué era exactamente lo que iba a suceder.

No tardó demasiado en saberlo. La ceremonia no hizo más que crisparle los nervios y apenas alcanzaba a entender las bromas y cuchicheos de las jóvenes que la rodeaban, ni los consejos de las mayores que iban y venían, daba la impresión de que todas hablaban para otra persona, no se dirigían a ella, si no, hubiesen esperado que ella comprendiera y ella nada sabía, nada entendía, sólo podía sentir un nudo en la garganta, otro en el estómago y un desasosiego recorriéndola por todo el cuerpo.

Y después los dejaron solos, Fatna ya sabía que esto iba a ocurrir, era éste exactamente el momento que tanto estaba temiendo, sin saber muy bien a qué se debía.

Él se acercó rápidamente a ella, comenzó a tocarla, a desvestirla y a desvestirse y así Fatna descubrió horrorizada el tamaño de su miembro viril, al tiempo que intentaba adivinar el siguiente paso que él daría. Pero apenas duraron un instante sus elucubraciones, pues él ya estaba intentando penetrarla y ella gritó de dolor cuando lo consiguió.

De nuevo el grito de dolor del recuerdo se confunde con el sufrimiento del presente. Fatna siente una nueva contracción. Tiene la boca seca, los labios hinchados, todo el cuerpo encogido en un intento de soportar el tormento.

En la angustia de su soledad no alcanza a distinguir unas figuras que se acercan. Son dos mujeres, madre e hija, que, al verla en el suelo, aprietan el paso para llegar antes hasta ella.

La incorporan, la observan. Ella abre ligeramente los ojos y al comprobar que hay alguien a su lado sonríe dulcemente para desmayarse después.

El destino está ayudando a Fatna. Las mujeres venían del pozo. Cada una lleva un pesado recipiente con agua. La joven le moja los labios, le introduce una pequeña cantidad de agua en la boca. Si hubiesen llegado del otro lado del camino, ni siquiera hubiesen tenido agua para ofrecerle.

La mayor de las dos mujeres observa el vientre de Fatna: el niño va a nacer, vamos a colocarla bajo aquel árbol, necesita un poco de sombra.

Poco pueden hacer para ayudar a la naturaleza. Y poco hubiese cambiado la situación de haber estado en el poblado. Quizá la hubiesen acomodado mejor sobre un lecho, le hubiesen aplicado un emplasto de hierbas sobre el vientre para tratar de atenuar el dolor. Poco más.

Con sus palabras de consuelo y cánticos de oración intentan que el sufrimiento sea menor, que al menos Fatna no se sienta sola.

La anciana se dispone a vigilar la salida del niño. Aún falta algún tiempo. Habrá que esperar.

Las mujeres esperan cantando, rezando, arrodilladas en el suelo junto a la parturienta, moviendo sus cuerpos adelante y atrás, rítmicamente, al compás de sus canciones, sacudiendo las manos sobre el cuerpo de Fatna para ahuyentar las moscas que acuden al olor del sudor.

De cuando en cuando, una de las dos moja los labios de Fatna que continúa sufriendo las dolorosas contracciones cada vez con más frecuencia.

Transcurren las horas en una espera activa, repitiéndose los mismos gestos una y otra vez.

La mujer de más edad comprueba el estado del vientre, que se endurece por momentos y que parece tener la intención de estallar. Comprueba el estado de la abertura por la que empieza a asomar la cabeza del bebé. Mueve la cabeza a un lado y a otro, mirando tristemente a su hija, con preocupación. Demasiado despacio, piensa, todo está ocurriendo demasiado despacio.

Fatna está sudando copiosamente. La tierra a su alrededor tiene un aspecto más oscuro debido a la humedad que desprende su cuerpo. Está muy caliente, pese a que el sol está ya oculto en el horizonte y el calor ha remitido ligeramente.

¡Tienes que tirar el niño fuera. Haz fuerza! La mujer sabe perfectamente que Fatna apenas tiene aliento para completar su misión.

Entre las dos la colocan semisentada, una de ellas, a su espalda, la sujeta, mientras la otra empuja de su vientre hacia abajo, intentando hacer más fácil el trabajo del parto.

El niño ya tiene fuera la cabeza. Un esfuerzo que a Fatna le ha costado un nuevo desmayo.

La anciana se prepara para ayudar a salir al niño. Se frota las manos en la tierra para poder asirlo sin que se le resbale, y a continuación va estirando levemente de él, con movimientos suaves pero rápidos. Es preciso que nazca ya. Esta mujer no aguanta más.

Han pasado las horas y ahora es la luna la que ilumina la escena, ligeramente, con su triste palidez de luz prestada.

El bebé consigue abrirse camino a la vida con la ayuda de la espontánea comadrona, que al salir lo zarandea para hacerlo llorar.

Mientras la comadrona limpia la boca del niño y rompe con los dientes el cordón umbilical, su hija observa a Fatna, la toca, la sacude levemente al principio, con más ímpetu cada vez. Pone en sus labios un poco de agua, que resbala por sus comisuras, goteando la tierra ya empapada.

Entonces, sin mediar palabra, comienza de nuevo a cantar, a entonar un cántico más triste aún que los anteriores, más lento, como un ronroneo. El sonido de su voz se mezcla con los lloros del pequeño niño y se pierden en la penumbra nocturna.

La madre intenta inútilmente colocar al niño en los senos turgentes de Fatna, aún calientes, pero a los que todavía no ha llegado el líquido vital que alimentaría al bebé.

Las dos mujeres están cansadas, sudorosas. Colocan al pequeño e indefenso bebé en una de sus faldas, recogéndola en la cintura para transportarlo. Cubren con unas ramas secas el cuerpo inerte de Fatna. Cargan sus pesados recipientes de agua y emprenden el camino.

El camino que nunca termina, lleno de polvo, de tierra fina. El camino seco que se hace más largo a cada paso.

Algún día, en Lusaka

“Tú eres el lado encubierto de la palabra que desnudo”.
Mia Couto. Mozambique

1. Mewne Mbago. La señora del bosque.

Clara llegó a la redacción sudando. Dejó la carpeta y la grabadora encima de su mesa y acudió rápidamente a hablar con el jefe de la sección, un joven licenciado de Cambridge cuyo mayor acierto había sido conocer a los peces gordos del periódico.

-¿Qué tal la conferencia?

-Muy bien. Creo que podríamos darle más salida –respondió ella con el abrigo todavía puesto y chorreando.

-Clara, no me hagas esto otra vez –dijo O’Connell levantando la mirada por encima de las gafas pero con el cuerpo todavía reclinado sobre la mesa, donde tenía la prueba de impresión.

-Está muy bien, Sean, hazme caso –pensó casi deseando que en ese momento metiera la corbata en el café.

-Escribe algo, luego lo veo.

-Ya lo tengo. Lo he redactado en el taxi.

O’Connell se quitó las lentes y se incorporó para atender a su impertinente compañera. Clara sonrió. Supo entonces que estaba vendido ante semejante arma, así que cogió la nota y, fingiendo enfado, comenzó a leerla.

“Las organizaciones no gubernamentales han vuelto a apelar a la solidaridad internacional como única esperanza para los miles de niños que, empujados por la pobreza y el SIDA, deambulan diariamente por las calles de Lusaka, la capital de Zambia. Los menores, objeto frecuente de abusos sexuales según las reiteradas denuncias de UNICEF, se ven obligados a pernoctar en cajas de cartón o en diminutas ‘cabañas’ fabricadas con hojas secas y ramas, la mayoría de las veces apretados los unos contra los otros para así mantener el calor.

Sin embargo el principal problema lo constituyen las drogas, en especial el ‘jenkum’, una especie de pasta fermentada con restos de basura, petróleo y pegamento que los más veteranos consumen para ‘sentirse bien’. Otros, no se sabe si con más suerte, se hacinan en los orfanatos creados para atender a los afectados por el VIH, enfermedad que padece uno de cada cuatro habitantes de Zambia y que ya ha conseguido reducir la esperanza media de vida hasta los 37 años.

El Ejecutivo de Levy Mwanawasa cifra en 1.300 millones de dólares el dinero necesario para afrontar este problema, pero su país acumula una deuda externa de más de 6.000 millones de dólares. Zambia, además, sufre una gravísima pérdida de fertilidad del suelo, que a causa de la erosión y el uso excesivo de productos químicos para el campo, ha mermado las cosechas, aumentado el hambre y multiplicado la aparición de epidemias, como las de cólera de los años 1990 y 1991”.

O’Connell dobló la hoja, sonrió, y, sin querer mirar a su redactora, le dio instrucciones para que abriera con esa noticia las páginas de Sociedad.

*“Las lejanas montañas te ocultan de mí
mientras las cercanas se me aproximan.
Si yo tuviera un pesado martillo
para aplastar las montañas cercanas...
Si yo tuviera alas, como un pájaro,
para volar sobre aquellas más lejanas...”
(Poema bantú)*

2. Vinyambela. Los espíritus de los niños.

Al caer la noche la ciudad recobró la calma. El bullicio que horas antes se apoderaba de la capital desapareció como engullido por una nube, transformado casi inexplicablemente en un asfixiante silencio que sólo el llanto de un bebé se atrevió a interrumpir. En ese momento se encendieron a lo lejos varias hogueras. Del barrio alto comenzó a descender, igual que si de una ligera gasa se tratase, pequeños hilos de humo y olor dulzón que pronto sacaron a los más curiosos de sus balcones. Una lata de gasoil rodó cuesta abajo hasta empotrarse contra una pared, lo que provocó que alguien, en la obscuridad, abriera pesadamente una puerta, blasfemara, y regresara poco convencido a su hogar. Le contestaron unas toses. Luego, cuando los vecinos decidieron echar casi al unísono las persianas, se impuso de nuevo el silencio.

Una silueta se perfiló clara entre los muros de adobe. Avanzaba a ritmo lento, de forma sigilosa, por las esquinas; parecía que quisiera mantenerse oculta de no ser porque sus trazos, a la luz de las ventanas, se hacían perfectamente visibles. Sentía miedo y el ritmo de sus pasos era cada vez más irregular. El frío había hecho presa fácil de sus huesos, por lo que aquellas hogueras improvisadas en la distancia le sugirieron algo más que un buen resguardo. En mitad de la noche sus temores se multiplicaron. Los edificios, convertidos en sombras amenazadoras y grotescas, se estiraban y multiplicaban azuzados por misteriosos embrujos. Eran todos de una planta, a excepción de algunos que, desde los tiempos coloniales, se esforzaban por no sucumbir también a la podredumbre. Junto a ellos prosperaban otros edificadas en madera, y, sobre estos, casi en su techumbre, cientos de chabolas hechas de chapa, cajas de cartón y neumáticos desgastados. Las calles, encaramadas sobre la antigua colina, desaparecieron de repente transformadas en estrechos y malolientes pasillos. A excepción de diminutos regueros de agua nada parecía sobrevivir a aquel laberinto levantado a golpe de inmigración.

Guiado por las luces Salomón consiguió llegar a un descampado. El paisaje le pareció aterrador. Decenas de chavales, tumbados sobre colchones viejos y dispuestos en línea junto a unas tapias, hací-

an extraños aspavientos por hacerse con lo que creyó era un bote de metal. El resto hacía tiempo que dormía, apretados los unos contra los otros para mantener la temperatura. Enfrente, rodeando las hogueras, otros treinta jóvenes se afanaban en masticar algún tipo de carne todavía cruda. Vio sus sombras agitarse contra el fuego, como aquellos espíritus danzantes de los que, no sabía dónde, había oído hablar en alguna ocasión. Las chispas, azuzadas de continuo por la gasolina, saltaban alocadas y luego ascendían varios metros hasta diluirse en el vacío. Aquella imagen, distorsionada por el frío y el hambre, le hizo imaginarse por un momento en mitad de una sangrienta ceremonia.

*“África, dime África,
¿eres tú pues esa espalda que se inclina
y se tiende bajo el peso de la humildad,
esa espalda temblorosa con rayaduras rojas
que dice sí al látigo en los caminos del mediodía?”
(David Diop. Senegal)*

3. Makungu. Los fantasmas de los antepasados.

Su madre, todavía con el pequeño agarrado a los pechos y los labios atacados por las moscas, se limitó a acariciar los rizos del pequeño Salomón.

-Ya eres todo un hombre -le dijo mientras éste escalaba lentamente la camioneta.

El traficante le dio una palmada en la espalda para terminar de alzarlo por la cintura. Beeshi, que en dialecto lenje significa “padre”, era alto, no tenía apenas dientes y sus mejillas, marcadas por varios cortes, delataban su antigua condición de esclavo. Nada humano parecía esconderse tras su exagerada cordialidad. Por eso nadie le hizo preguntas.

Los ocupantes del vehículo, aproximadamente diez niños de su edad, siguieron atentamente la maniobra. Algunos lo hicieron con los ojos bien abiertos, víctimas del mismo pavor que ahora asaltaba al joven, aún sorprendido. Otros lo miraron con desdén, acostumbrados a la escena después de haber vagado ya por docenas de pueblos.

Salomón creyó entonces ver la sombra de su padre tras la casa, en el corral. Se lo imaginó cabizbajo, abatido, igual que aquella tarde en que apareció el cólera y se llevó de golpe a seis de sus hijos. Desde entonces no había vuelto a hablar.

La camioneta arrancó con estruendo, invadida por una profunda carraspera que en segundos congregó a toda una multitud. Sentado, de espaldas al valle, sólo tuvo tiempo de observar cómo sus hermanos volvían rápidamente a sus juegos y todo cuanto había conocido hasta entonces desaparecía envuelto en una nube de polvo, entre las desiertas lomas primero, y luego en la lejanía de la carretera.

-Vamos a trabajar en el cobre en Maamba -le explicó un compañero al cabo de unos minutos-. No volverás. Nos han comprado como esclavos -aseguró a continuación, como si hubiera leído sus pensamientos-.

Una piedra cayó con fuerza a los pies de su improvisado interlocutor.

-Cállate -dijo uno de ellos con aire resignado-. Y no vamos a coger cobre. Vamos a coger madera de miombo. Los blancos pagan bien por ella, aunque está prohibido -le guiñó un ojo-. Allí intentaremos escapar. Palabra de Maybin Chitoki.

Se hizo de nuevo el silencio. El furgón, un viejo “fiat” color azul, avanzó por la planicie pesadamente, dando grandes tumbos. Su sombra en el despejado horizonte se antojaba la de una mula terca que estuviese meditando si acabar sus días a mitad de una cuesta, un vado o un pedregoso sendero, o la de un raquíico buey al que sólo animara a continuar la costumbre y el conocimiento del camino.

La expedición hubo de detenerse al cabo de cuatro horas de viaje. Los jóvenes se refugiaron bajo las copas anchas de un mukwa. El peso del sol sobre sus cabezas y el traqueteo constante de la camioneta habían provocado estragos en el grupo.

Salomón aprovechó el descanso para contemplar la caída de la tarde. El horizonte se había teñido de rojo, como alumbrado por un gran fuego, y los campos se habían transformado casi de improviso en poco más que una simple mancha en medio de ningún sitio. Se quedó largo rato siguiendo las raíces de los árboles y el correteo alocado de las hormigas cuando un grito lo devolvió al mundo. Se puso en pie. Conocía aquel sonido y había aprendido a diferenciarlo de otros muchos. Lo había escuchado cientos de veces, y, como buen pastor, había aprendido también a temerlo: era el reclamo las hienas antes de iniciar su cacería.

Fue entonces cuando descubrió que llevaba tiempo repitiendo para sus adentros, sin saber cómo, un antiguo proverbio tomado de su abuelo: “El agua del río corre sin oír al hombre que tiene sed”.

Beeshi dio la orden de partir.

*“¡Un hombre ha nacido,
ha nacido un hombre!
Que tenga una vida feliz.
Ha nacido un hombre
¡que pueda vivir largo tiempo!
Felicidad, felicidad, que viva, que viva.
Recordad: Ngongo
es su nombre.”
(Canción de cuna fang)*

4. Kalunga-Ngombre. El señor de la muerte.

El “jenkum” se había convertido en la principal distracción de los menores. En los ratos muertos, cuando el estómago estaba lleno, los veteranos lo tomaban para tranquilizarse, escondidos en cajas de cartón o debajo de algún puente, lejos de la mirada de los policías. Su ausencia, por el contrario, se hacía insoportable. Cuando escaseaba los nuevos tenían que ir a por la cola, la pasta fermentada y el petróleo que hacían falta para fabricarlo, y eso únicamente era posible en los alrededores de la gran plaza, en los locales de alterne. Era el precio por la protección y el alimento que otorgaba la banda.

Esa mañana tocaba mercado. Las últimas lluvias habían empapado el suelo, dejándolo totalmente embarrado, pero las calles, como cada martes, amanecieron abarrotadas. Cientos de personas

recorrían alocadas las esquinas del centro en busca de cualquier oportunidad. Los menos aparecían frente a los tenderetes cargados con cabras, vacas e, incluso, muebles antiguos, mientras la mayoría se dedicaba a revolver las telas de los expositores, ojear los sacos de cereal o, simplemente, pasear entre la muchedumbre.

-Ya está -dijo el recién llegado mientras terminaba de doblar la esquina-.

Sus compañeros lo observaron aproximarse de reojo, clavados unos metros más allá. Cuando los cuatro estuvieron a la misma altura uno de ellos le arrebató el envoltorio que apretaba en su puño derecho y lo olió nerviosamente. Miró de forma amenazadora.

-No es bueno, idiota -dijo con un fuerte acento nyanja antes de revisar una vez más el paquete-. Por esta vez vale -y animó a regresar-.

Instantes más tarde, cuando el grupo se disponía a entrar ya en el mercado, apareció de frente un muchacho extremadamente famélico, mirada cansada y paso tembloroso. El nuevo lo reconoció asustado.

-¡Fuera, escoria! -gritó aquel-.

Todos salieron corriendo hasta perderse entre la multitud.

-¿Era ese? ¿Era ese? -preguntó jadeante el cabecilla de la expedición una vez alcanzado el otro extremo de la avenida-.

-Sí... sí... -respondió el más pequeño-.

-Eres rematadamente tonto -espetó-. Deberías aprender a no mezclarte con enfermos -y señaló al suelo con la mano cerrada y el pulgar extendido hacia abajo-. Se lo diré a Salomón. Él te ajustará las cuentas.

Llegaron a media tarde. La mayoría estaba durmiendo. Sólo en el centro, en el mejor colchón, Salomón se revolvía entre toses y lágrimas. Aunque era fuerte y corpulento, lo que en sólo cuatro años le había llevado a convertirse en jefe de la banda, las piernas le aguantaban cada vez menos y su piel se tornaba más y más pálida. Aun así se empeñaba en no aparentar debilidad.

-¡Qué queréis!- les gritó-.

-Hemos traído pegamento -contestó conciliador el más avisado-.

-Pues no queda comida. Tráelo aquí -se esforzó por alargar el brazo con los párpados casi cerrados y de nuevo atacado por la tos. Cogió la bolsa y, compulsivamente, comenzó a olerla-. Vaya mierda -murmuró mientras lentamente se dejaba llevar por el sueño-.

Sorprendido y sin respuestas el grupo decidió disolverse en busca de cualquier resto de alimento.

Los ecos del mercado se habían apagado ya cuando, desde la carretera que unía el descampado con el Zambeze surgió un "land-rober" color mostaza. Dentro viajaban dos blancos y dos jóvenes negros.

-¡Policías! -exclamó alguien sin éxito mientras el coche se aproximaba al poblado y comenzaba a reducir velocidad-.

Del interior descendió una figura. Hizo varias preguntas y, enseguida, se situó frente a Salomón.

-Me dijeron que estarías aquí -afirmó sonriente-. Veo que eres un personaje verdaderamente importante -le dijo mientras le tomaba la mano con el gesto más triste-.

-Maybin, hermano -fue lo único que acertó a susurrar Salomón-.

*“Cuando muera no me entierren bajo los árboles del bosque:
le temo a sus espinas.
Cuando muera no me entierren bajo los árboles del bosque:
le temo al agua que gotea.
Entiérrenme bajo los grandes árboles umbrosos del mercado.
Quiero escuchar los tambores tocando,
quiero sentir los pies de los que bailan.”
(Poema kuba)*

5. Nganga. El jefe hechicero.

-Acabaré con esto -dijo solemne-. No permitiré que haya esclavos.

Maybin esbozó una amplia y cálida sonrisa.

-No es tan fácil. Según mi padre el problema es que nuestras madres tienen muchos hijos.

-No lo entiendo -respondió Salomón-.

-Yo tampoco. Creo que es porque no pueden alimentarnos a todos. Por eso nos venden. La tierra da pocos frutos y los blancos se vuelven locos por los árboles y las piedras de cobre. Me parece que lo que de verdad quieren es llevarse nuestros bosques y nuestras montañas a sus desiertos países.

El pequeño se quedó estremecido. Su tez, iluminada ahora por el reflejo de las estrellas, palideció. Luego, cuando recuperó los reflejos, empezó a posar su mirada, casi de forma compulsiva, en todo aquello cuanto podía distinguirse en la noche, ya fuera una roca, un matorral, un grupo de árboles o un simple insecto. Se sintió como una madre protectora. Comprendía, siguiendo un extraño razonamiento, que los niños trabajaran para otros sólo a cambio de comida y lejos de sus casas, pero no entendía que alguien quisiera robar alegremente sus paisajes, las cebras o los hipopótamos. Tampoco entendía cómo esas cosas podían transportarse tan lejos. Pensó que si desde tiempos inmemoriales habían permanecido allí, porque así lo habían elegido, no podría ser sino allí donde querrían terminar sus días. Se imaginó un horizonte sin montañas, desnudo, sin el alegre Kafue y el sonoro Luangwa, sin agua que recoger ni manadas de ñus cruzando sus orillas, sin niños, sin cazadores...

-Las tierras blancas han de ser muy tristes -dijo casi en un murmullo mientras trataba de ver a los occidentales copiando desordenadamente sus coloridos atuendos, instalando del revés las cabañas tomadas de África, aprendiendo torpemente sus danzas-.

-¿Ves la Luna? -le preguntó su compañero-. Pues así pienso yo que es Europa, de donde vienen los blancos.

Salomón se preguntó qué había que hacer para que su país no fuera como aquella bola triste y pálida.

-Habremos de separarnos para que no nos encuentren -concluyó Maybin-. Tienes que ir a la capital. Allí nos encontraremos.

*“Hemos llegado al hogar,
al pie de las verdes colinas,
a beber el grito cálido
y suave del canto de los pájaros.”
(Peters Lenrie. Gambia)*

6. Nkisi. Las fuerzas de la Naturaleza.

Miró en su reloj. Faltaban menos de cinco minutos. La gente se arremolinaba agitada junto al paso de peatones estirando sus paraguas para evitar las salpicaduras de los coches y susurrando una y mil maldiciones. No había parado de llover en toda la mañana, si bien ahora sólo caían finas gotas y el eco de los truenos se hallaba ya en franca retirada.

El semáforo, por fin, se puso en verde. Maybin cruzó resuelto hasta la acera de enfrente, hasta el 54 de la calle St. Catherine, se apretó el nudo de la corbata, estiró los pliegues de su chaqueta, cogió aire y subió las escaleras de piedra. La sala estaba prácticamente llena. La coordinadora de iniciativas para África, Sylvie Vilar, se levantó para recibirle, le estrechó la mano y le convidó a sentarse. Fue ella quien hizo todas las presentaciones.

-El “Proyecto Salomón”, tras diecisiete años de existencia, ha conseguido grandes logros. Ha contribuido, por ejemplo, a reducir de manera significativa la incidencia del SIDA en la capital, en Lusaka, y frenar el consumo de drogas entre los más jóvenes, víctimas del abandono y presa fácil de la prostitución. Para ello se ha atacado el problema desde la raíz: las zonas rurales -continuó con solvencia-, donde las desigualdades son más acusadas y, por tanto, donde el éxodo es mayor.

Maybin había dejado de escuchar. Sin querer, se había entretenido en examinar uno a uno a los invitados: periodistas, colaboradores, trabajadores sociales...

-En esas áreas se han desarrollado acciones concretas de planificación familiar, capacitación agrícola y forestal, y explotación sostenible de los recursos naturales. Además, se encuentra en marcha un vasto programa para mejorar algunos caminos comarcales, a fin de facilitar los pequeños intercambios comerciales. Pero mejor será que Maybin, director y padre de este proyecto, os dé todos los detalles. ¿Maybin?

Maybin carraspeó, tragó saliva y se acercó temeroso al micrófono.

-¿Por dónde empezamos? -preguntó casi paralizado-. Bueno, por ustedes y nosotros, imagino. Cuenta un dicho común en mi país: “primero hay que adelantar un pie y, a continuación, adelantar algo más el otro”, y así sucesivamente. En eso consiste todo.

La colina de la luna

Una blanca luz espejea sobre la Colina de la Luna. Nissa aguarda tranquila. Tumbada sobre su estera, le sonrío al relente. Algunas gotas, aterciopeladas, acarician el rostro de niña, su tez de azabache.

Ha caído la tarde sin transición y Nissa reposa sosegada, mimética como un lagarto, despierta como una salamandra. La estepa ronronea mansa mientras ella espera a que el mundo se atempere, a que el bochorno diurno deje paso al rocío, a la fría escarcha. Allá abajo, al pie de la colina, divisa la aldea, las chozas, los animales sueltos, sus gallinas... y un montón de seres, empequeñecidos por la distancia, que se mueven sin cesar de un lado a otro, de aquí para allá, sin motivo aparente. Puede percibir el rumor de su gente, los cantos entonados en voz baja, a la mor de la lumbré y del caldero, las danzas exhortando a la lluvia... Nadie duerme en el poblado y ella vela observándolo a sus pies, ausentándose del día.

Las manos de Nissa son fuertes y de nudillos prominentes. Las encallecidas palmas sopesan el calibre de la vida, ese polvo rojo, denominado tierra, que se escurre, ahora, entre sus dedos resecos. Mañana será otro día y necesita yacer; apoyar la cabeza cansada entre los brazos, y la espalda dolorida contra el suelo que la vio nacer. Aquí la parió su madre, sobre esta misma colina que mece su cuerpo con brazos de cuna. Como ríos, miles de bichillos la recorren y ella se deja hacer tranquila, confiada; aliviada por ese discurrir ligero semejante al del agua, por ese deambular cercano y nunca esquivo. Las hormiguitas horadan el terreno como una ilusión mojada. Construyen galerías que ventilan el rostro encarnado y coralino del talud. Nissa casi puede escuchar el denuedo, ese ir y venir organizado, tan similar al de la aldea. Una actividad febril se desarrolla a su alrededor traspasando su piel sin distinguirla, y a Nissa le trae sensaciones de arrollo, de afluente caudaloso, de cañada con peces.

La Colina de la Luna es plata y es peltre. Es fresca y menguante, con cuernos de sal. Nissa no conoce su nombre real, pero todos en el poblado la llaman así. En las noches como ésta, limpia como gota de aguacero, una ilusión de paz y de abundancia recorre su ladera, y Nissa, a su corta edad, se olvida del trabajo, de los cántaros acarreando lluvia del pozo marchito, del periplo cada mañana recorrido. Y piensa en lo hermoso que es el cielo y en la bóveda oscura que la envuelve como un manto, como una fría corriente de luna desparramándose sobre su cuerpo desnudo. Y se confirma

en aquel apelativo pues ignora mapas, planos y cartografías, porque los nombres nacen de cada uno y surgen de la tierra como las espigas, como las bayas, como las semillas germinadas...

Mañana, Mama Launga bautizará a las cabras que acaban de nacer, a los nuevos cacharros comprados en el mercado y a las nubes desdeñosas que se amagan, tras la espesura, obcecándose en retroceder. Mañana, como cada día, le otorgará identidad al estiércol, al adobe, al cáñamo y a la batata; a las cuentas del collar nuevo, a los abalorios para la fiesta y a las bonitas telas con las que hará vestidos, y turbantes estampados para proteger sus cabezas. Y con cada toque de su mano consagrará el aliento, el alimento y el sustento con una sonrisa que nunca se descuelga de sus sedientos labios.

Nissa mantiene los ojos bien abiertos y un pedazo de firmamento se cuelga entre sus pestañas. No sabe de otros lugares ni de otros niños. Ni siquiera entiende que es mujer. Piensa en su hermano, en su padre, y en el marido cansado que la espera. Los hombres recogen anacardos y mijo. Después vendrá la molienda y la fatiga, y el ajobo en los pulsos, y el peso de la cosecha entre los hombros. Y siente que es parte del campo, mano de planta, brazo de hombre y vientre de hoguera, allí donde nacen todas las sensaciones, inquietudes que la inundan sin saberlo, sin apenas darse cuenta. Los trece años de Nissa son rápidos, veloces, alborotados como vuelo de garza, como un culebreo entre las hierbas. En una casa de hombres se crece aprisa y ella no intuye que es niña, que alguna vez lo ha sido.

La sequía avanza y trota como un gamo y las ranas no croan pues ya no quedan charcas. Mama Launga escudriña el cielo y tira sus guijarrillos sobre la arena, entre los pies descalzos de Nissa velados por el polvo y por caricias nuevas. Y Nissa recuerda su día de bodas, la fiesta en la aldea, el bonito vestido cubriendo sus piernas con múltiples faldones de colores, las danzas alrededor del fuego y la comida, los chiquillos corriendo felices, y los ojos brillantes en la oscuridad...

Las piedras de Mama Launga bisbisean, le cuentan cosas al oído, quedo; palabras que tan sólo ella puede oír. Le hablan del hombre, de los hijos que vendrán, del pan que no llega...

Un soplo de vida recorre la colina pero no siente frío. El vientecillo fresco se posa sobre su cuerpo, con una dulce ternura sólo comparable a la sonrisa de la madre, a la boca dulce que nunca más fue. Nissa alienta hondo y jadea. Ladea la cabeza alejando a la araña. Con sumo cuidado, la ve descender por su nariz, caminar por su mejilla, alcanzar el terreno.

Dentro del vientre el horror crece. Quisiera ahuyentar de sí los pensamientos, dejarlos escapar colina abajo, correr en pos de la arañuela, del fuego, de las alimañas que se escabullen de las llamas. La luna le sonrío con su cara fofa y redonda, y no tiene pies, ni brazos, ni puntos doloridos entre las piernas deshojadas. La colina la abraza y ella abandona su ser cansado, su cuerpo menudo obligado a crecer.

El marido está en el campo y el hermano, y el padre, y algunas mujeres capaces que se inclinan sobre el suelo cavando de sol a sol, intentando extraer de la tierra un ingrediente que no existe, las raíces del aire.

Nissa descenderá pronto, La Colina de la Luna dormitará tranquila mientras ella prepara la estera, el lecho conyugal. A su lado, el padre y el hermano resollarán transidos, consumidos por el sueño, débiles y molidos. Y Nissa bajará las manos otra vez. Intentará proteger el hueco, ese lugar descosido desde hace tan poco. Recordará, estremecida, el resplandor metálico de la hoja, el brillo en la penumbra afilando la noche, su noche de bodas. Y soñará con la luna, allá sobre la colina. Y deseará ser reflejo, espejeo en el agua, esfera redonda y boba, sin brazos ni pies, ni manos. Sólo alas para volar.

Mañana, Mama Launga lanzará las piedras que caerán de nuevo sobre el tamo, entre sus pies envejecidos, sobre las piernas de Nissa que ya no saben de juegos, de corrillos en la hierba, de risas

infantiles. Y la Colina resollará despacio, palpitará bajo la Luna. La llamará en silencio, con su cabello de plata, con sus brazos de cuna. Para lamerle el alma dormida con su lengua de noche. Como cada día. Después de cada día.

NOTA

La infibulación es un rito practicado en algunos países de África. Este relato está dedicado a todas esas niñas que, por su condición femenina, han perdido la capacidad y la normalidad de ser MUJER.

Ensayos



Medios de comunicación para el desarrollo. Una experiencia africana

Imagen nocturna del planeta.

Cuando se contempla desde un satélite la imagen nocturna del planeta, lo primero que se advierte son los innumerables puntos de luz que destellan en América del Norte y en Europa. Por el contrario, la oscuridad se extiende sobre el continente africano y extensas zonas de Asia y Sudamérica. La energía eléctrica se convierte así en un primer escalón del subdesarrollo. África, sumida en la oscuridad de su falta de estructuras, de su ignorancia y de su secular olvido.

Sin electricidad difícilmente se puede desarrollar una región. Sin energía no hay medios de comunicación. Así que estoy considerando acabar aquí este trabajo. ¿Medios de comunicación para el desarrollo? ¿Sin energía? Todo el mundo sabe que las experiencias africanas son hijas del optimismo; y el optimismo en África parece una epidemia. A poco que te esfuerces, te contagia sin remedio.

Para salir del subdesarrollo es preciso, al menos, dos tipos de energía: la energía eléctrica, y también la energía personal: la que pretende ayudar a mejorar las cosas, la que hace que las personas tengan la oportunidad de mejorar su situación y quieran intentarlo.

África está necesitada de estos modelos de energía. El hombre cobra así su auténtica dimensión.

El panorama desde el satélite no es muy alentador.

África es predominantemente rural. Continúa siendo el continente menos urbanizado a pesar de que la población urbana ha ido creciendo desde los años sesenta hasta representar, en la actualidad, un tercio de la población total.

Las grandes ciudades son un foco de atracción para la mayoría de los desplazados, en un alto porcentaje jóvenes, que huyen de la miseria del ambiente rural. Sin embargo, más de la mitad de la población urbana vive en condiciones precarias; los suburbios de estas grandes ciudades (los "bidonvilles") carecen de electricidad, alcantarillado y agua corriente, y constituyen la antesala de la emigración hacia la opulencia del primer mundo.

En el África subsahariana viven cerca de 800 millones de personas.

África es el único continente que cada 25 años dobla su población y tiene la tasa de fecundidad más alta del mundo: seis hijos por mujer. Los expertos consideran un obstáculo para el desarrollo

esta elevada tasa de natalidad porque, aunque la explosión demográfica se ha moderado, la población sigue aumentando a un ritmo superior al del crecimiento económico.

Este aspecto es tan comprometido, que aun en el caso de que el crecimiento económico respondiera a las previsiones más optimistas, los africanos tendrían que esperar casi medio siglo XXI para recuperar el nivel de ingresos de hace treinta años. Se establece, así, un grave desequilibrio entre la explosión demográfica y la falta de recursos económicos para satisfacer las necesidades de subsistencia y culturales.

La base de este desequilibrio y de la alta tasa de natalidad reside, en gran medida, en el esquema tradicional de valores y en la pauta cultural. Cuantas más mujeres e hijos mayor prestigio y poder paterno. De este modo, a través de la costumbre de matrimonios prematuros, muchas veces en régimen de poligamia y bajo el sistema de compra o dote, la descendencia numerosa supone un sistema de riqueza familiar que proporciona dignidad, ayuda doméstica y seguridad en la vejez.

La fuerza de la tradición obstaculiza los métodos para el control de la natalidad. Así, la utilización de los medios de comunicación para la planificación familiar, o para la incorporación de la mujer a la educación y a los trabajos fuera del ámbito doméstico, o su capacidad de manejar con responsabilidad su propia fecundidad, tropieza con las reservas de muchos sectores sociales. La situación de la mujer en toda África es un ejemplo de la ausencia de derechos elementales.

La esperanza de vida es de 51 años. El índice de mortalidad infantil es de 91 por cada mil nacimientos. Los africanos tienen la tasa más alta de mortalidad y los índices más bajos de bienestar.

África sólo aporta el 3% del PIB mundial. La deuda externa ha pasado de los 6.000 millones de dólares en 1970 a los más de 240.000 millones en el 2000. Algunos estados africanos sostienen su economía gracias a la ayuda internacional. 33 de los 42 países que forman el África Subsahariana, están catalogados por el Banco Mundial como muy endeudados.

Los datos del Alto Comisariado de Naciones Unidas para los Refugiados indican que uno de cada tres refugiados del planeta es africano.

Por último, y para no abusar del desafecto de los datos, sólo señalar que de los 173 países analizados por el PNUD en su "Informe sobre Desarrollo Humano", los que tienen un "desarrollo humano bajo" pertenecen en su mayoría al continente africano, y en menor medida a Asia y Oceanía. (Haití es el único representante americano de este índice). Contrastados estos datos con los de la UNESCO sobre Medios de Comunicación, se deduce que los países con bajo desarrollo humano son los que padecen también un bajo desarrollo en medios de comunicación.

Ante este panorama, ¿cuál sería el papel de los medios audiovisuales en África? ¿Pueden los medios de comunicación contribuir al desarrollo? ¿Puede la TV, y sobre todo la radio, complementar las estructuras educativas o contribuir a mejorar la salud en un continente tan variado y con una población tan desigualmente repartida?

Ni siquiera es necesaria una larga experiencia en el llamado "Tercer Mundo" para formular una intuición evidente: "No es posible salir del subdesarrollo por medio de ayuda basada en dólares, más o menos abundantes, si a la vez no se produce un cambio mental, un cambio cultural, un cambio educacional". Las pautas culturales secularmente arraigadas son beneficiosas e imprescindibles como señas de identidad, siempre que no mantengan a los pueblos anclados en prácticas que les alejen del progreso.

La educación resulta así imprescindible como instrumento de liberación del individuo en su relación con el entorno, y con su propia trayectoria vital.

El siglo XX nos ha entregado una serie de instrumentos que ayudan poderosamente a acelerar ese cambio imprescindible: los medios de comunicación.

Diferentes niveles.

Los medios de comunicación aplicados al desarrollo constituyen herramientas generadoras de cambio, en la medida en que pueden llegar a actuar en tres niveles:

El primer nivel es el de la enseñanza básica y reglada.

En situaciones de profundo subdesarrollo, especialmente la Radio se revela como un eficaz instrumento capaz de articular campañas de alfabetización, insertarse en la lucha contra el analfabetismo, o en la posibilidad de liberar al sistema educativo de la presión de una gran masa de adultos por escolarizar.

El segundo nivel corresponde a la capacidad de abordar una televisión o una radio de carácter cultural, con contenidos no reglados, pero útiles a las audiencias en materia de sanidad, medio ambiente, derechos humanos y educación en general. En este nivel, son de importancia los contenidos destinados a difundir las tradiciones y culturas locales, junto con los aportes culturales de carácter científico y universal.

Por último y en un tercer nivel, se encuentra la utilización de las nuevas tecnologías al servicio del desarrollo, por medio de la inclusión, vía satélite, de contenidos específicamente elaborados con este fin. Se trata de canales temáticos culturales y educativos (ATEI, AFRISTAR) o la inserción de programas específicos en los canales internacionales de servicio público. Tanto en Televisión como en Radio.

Las oportunidades que brinda Internet y las nuevas tecnologías de la comunicación son paralelas al grado de desarrollo de los países. No obstante, quiero señalar la importancia de los medios de comunicación como elemento de sensibilización para la obtención de ayuda al desarrollo en las sociedades avanzadas.

A pesar del desánimo que en algunos casos se observa por la mala utilización de las ayudas en el pasado, y de la llamada "fatiga del donante", los medios de comunicación son imprescindibles para presentar en un mundo desarrollado las realidades y problemas de una necesaria solidaridad.

A lo largo de una vida profesional de treinta años, la experiencia es agri dulce. La utilización de los medios de comunicación para el desarrollo en diversos países y continentes ha tenido, en general, un éxito algo más que moderado. (Por ejemplo, en Iberoamérica, son numerosos los programas que en los últimos cuarenta años pueden citarse). Los medios de comunicación, y especialmente la Radio, están realizando una destacada labor en el ámbito de la alfabetización, de la enseñanza, de la sanidad, de la agricultura y de la participación sociopolítica. La Radio es el medio más barato, tanto a nivel de emisión como de recepción, sobre todo desde la generalización de los transistores en las zonas más deprimidas. En estas zonas, se ha convertido en un instrumento de primer orden para el cambio social y para la formación de una conciencia nacional.

¿Es posible señalar lo mismo en el África subsahariana? Veremos que no, pero esto no significa que debamos abandonar toda esperanza.

¿Por qué la experiencia africana no es homologable?

Algunas de las causas derivan de los procesos de descolonización. Como señala Donato Ndongo ¹, el poder constituido tras la independencia ha confiscado las ideas básicas del anticolonialismo para cambiarlas, en muchos casos, por estandartes demagógicos y artimañas que lo justifican todo. Son problemas de corrupción y de convivencia interétnica. En África subsahariana los problemas tribales, de seguridad, de desarrollo económico y de luchas internas por el liderazgo se saldan con una violación sistemática de los derechos humanos.

El Estado africano no es un Estado de derecho. La impunidad es la norma, y la conciencia nacional es, aún, muy débil. Antes que el derecho a la libre expresión o a la educación, por encima de cualquier prerrogativa, estaba la consolidación en el poder del líder del clan, los aspectos económicos, el subdesarrollo y la pobreza. Los africanos desconocen sus derechos y el analfabetismo es un acontecimiento relevante.

A esto se añade el hecho de que los medios de comunicación representan la modernidad. Para muchos intelectuales y maestros, a la dificultad de su utilización, se añade una reacción ambivalente. Un rechazo, más o menos inconsciente, al cuestionar todo el colonialismo y sus productos en bloque. Y sobre todo, está el hecho de que los medios de comunicación en África son, en su mayoría, estatales o casi inexistentes.

Casi todos los obstáculos objetivos en la utilización de los medios de comunicación para el desarrollo tienen que ver con *el poder*.

El asunto del *poder* merece un breve paréntesis. Los medios de comunicación forman parte del *poder*. En los países democráticos son *el cuarto poder*; en los dictatoriales son *el brazo del poder*.

La primera evidencia es que el poder debe estar persuadido de la necesidad de utilizar los medios de comunicación para promover y complementar la educación. Sin su aprobación no es posible operar con eficacia.

El poder busca por encima de todo perpetuarse, y los medios de comunicación son un instrumento eficaz. El equilibrio a la hora de cooperar en este campo no es fácil. Los estados dictatoriales y autoritarios buscan el adoctrinamiento de la audiencia. La Radio se utiliza para propagar la verdad recogida por el partido único o por el Estado, encarnado en la figura del dictador y su clan. Se prohíben las cuestiones críticas. La radio sirve para transmitir órdenes.

De manera especial, hay que destacar la importancia concedida a los derechos humanos y, como señala José M. Otero ², a su traducción concreta en textos, instituciones y sistemas. Por tanto, se precisa una información libre e independiente para garantizar las libertades y derechos de los ciudadanos. Una información que pueda ser constantemente manipulada por el poder, o por los grupos de presión, es el mejor sistema para que florezca la censura y, posteriormente, la tortura.

El panorama africano es, de nuevo, en este sentido, desolador. Los valores que sustentaban el anticolonialismo (la libertad y el progreso, o la cohesión económica y política del continente) han desaparecido después de las independencias.

En este punto, hay que señalar que los medios de comunicación, aunque parezca paradójico, pueden también obstaculizar el desarrollo.

¹ "Libertad y desarrollo". Donato Ndongo. Revista Mundo negro, vol 442. pp. 34 - 41. junio 2000.

² "Información, Derechos Humanos y Constitución". E. Gorostiaga. Instituto Oficial de Radio y Televisión. Madrid.

Esto es posible en varios horizontes, sobre todo cuando favorecen el abuso del poder, impidiendo inversiones necesarias a toda política de crecimiento; y también cuando fomentan situaciones de progreso no acordes con los modos de vida del país, o cuando están exclusivamente al servicio del consumo transnacional.

El debate sobre el poder no está ni mucho menos cerrado, incluso después de la caída del muro de Berlín. Frente al argumento de que los medios privados se muestran incapaces de informar con responsabilidad o de atender a las necesidades del desarrollo, por su inevitable búsqueda de rentabilidad, ha surgido la evidencia de que, cuando el Estado domina la información, lo hace en provecho del gobierno y, lo que es peor, inhibe o anula la libertad de expresión y la iniciativa individual. No importa que el régimen sea capitalista o socialista. Esto, desgraciadamente, es un hecho en gran parte de África.

En este comienzo de siglo, está claro que una educación y una información amplia y pluralista son la base del funcionamiento democrático de una sociedad. Pero también que cuando hablamos de un periódico por cada 3.000 habitantes, o de estaciones de radio muy precarias, por no hablar del sofisticado lujo de los receptores de TV o de los modernos ordenadores, el Estado debe promover la información y la comunicación sin persistir en el control ideológico de los medios, mediante monopolios a su servicio, u oligopolios locales o transnacionales.

No es una tarea fácil, pero la resignación nunca fue un instrumento de cambio.

Para operar con los medios de comunicación en el desarrollo, es preferible el acuerdo con el poder a no hacer nada. En cooperación, tarde o temprano acaba por aparecer este dilema, pero la imperfección es también una manera de avanzar.

Ante este panorama próximo a la desesperanza, en un África subsahariana estrujada entre la tradición y la modernidad (un dilema que en la mayoría de los casos impide el progreso), quiero proponer dos niveles de actuación para los medios de comunicación en esta zona.

Primer nivel: apoyo a la educación.

En África, la Radio puede contribuir a la acción alfabetizadora, a la comunicación social y a la toma de conciencia de una comunidad de destino. Pero para que la acción formativa de la Radio sea eficaz y para que no resulten baldíos los esfuerzos que se realizan, es necesario al menos tres cosas:

1. Contar con el poder establecido.
2. Que exista, aun en grado incipiente, una estructura educativa capaz de ser complementada, apoyada o incluso mejorada (Red de educadores y escuelas. Formación de formadores).
3. Preparar al público para recibir una enseñanza a través de las ondas capacitándolo para que pueda captar, interpretar y discutir los mensajes y las unidades didácticas.
4. Infraestructura de imprenta para elaborar las unidades didácticas.

Cuando pienso en este primer nivel de utilización de los medios para el desarrollo, me vienen a la memoria experiencias en las que tuve la suerte de participar o impulsar, a lo largo de muchos años de práctica profesional. Proyectos como el canal 13 de Costa Rica, la Televisión educativa en Perú, programas de asistencia y formación en casi toda Iberoamérica... Pienso en la campaña de alfabetización realizada en el año 80 en Nicaragua, al comienzo de la revolución sandinista. Se alfabetizaron 250.000 personas, median-

te la movilización de un numeroso grupo de educadores, la mayoría jóvenes estudiantes, que acudieron a las áreas rurales a convivir con las familias campesinas durante tres meses, como "hijos adoptivos".

En 1980 llegué por segunda vez a Guinea Ecuatorial para realizar un proyecto que, en principio, debía durar tres años; pero se alargó a nueve, con los intervalos de los proyectos de Mozambique y breves espacios en Camerún y Gabón. La experiencia de Guinea Ecuatorial supuso para mí un auténtico "test" en la utilización de los medios de comunicación para el desarrollo, sus posibilidades, dificultades, logros y decepciones.

La puesta en marcha de la emisora Africa 2000, así como la posibilidad de observar la eficacia de los teleclubs en condiciones de subdesarrollo extremo, constituyeron una auténtica oportunidad y una experiencia humana y profesional muy especiales. En muchos sentidos, contribuyó a demostrar aquel principio universal que sostiene que "la única manera de cambiar las sociedades, de eliminar la ignorancia, de promover la paz, es que los individuos se transformen".

Por eso resulta tan necesaria la energía personal que aludía al principio. La práctica nos permite observar esa transformación al hacerse extensiva del individuo a su familia, y luego al poblado y a la región.

La educación resulta, así, en el África subsahariana, el principal factor de desarrollo. La región cuenta con las tasas de analfabetismo más altas del mundo, especialmente entre las mujeres. El porcentaje de población analfabeta masculina es del 33,4% (Europa 1,2%) y femenina del 52,7% (Europa 1,8%). Según datos de la ONU, uno de cada tres niños sin escolarizar es africano. Como consecuencia de sistemas educativos precarios, casi la mitad de la población adulta africana es analfabeta.

La escasa inversión y el crecimiento demográfico constante hacen poco eficaces las políticas educativas de los países subsaharianos. De entre los veinte países que muestran un menor índice educativo, quince están en África. La formación de maestros es urgente. Ya hemos apuntado que la corrupción, las guerras y las dictaduras obligan al exilio y a la emigración a los mejores intelectuales, pero además, según datos de la UNESCO, el 70% de los alumnos enviados a estudiar fuera del continente, no regresa a su país de origen.

La mayor proporción mundial de jóvenes está en África. Cerca del 45% de la población tiene menos de 15 años y sólo un 3% más de 65. Del éxodo rural derivan serios problemas, como el trabajo infantil, las altas tasas de desempleo y delincuencia, la explosión demográfica; de nuevo, la educación aparece como una de las tareas más urgentes.

¿Por qué no destinar al menos un porcentaje del tiempo de emisión de las radios africanas a esta imprescindible tarea: mejorar el sistema educativo para reducir el analfabetismo? Los medios de comunicación no son la panacea universal, pero las claves del subdesarrollo (ignorancia, pobreza, enfermedades...) pueden verse más eficazmente combatidas.

¿Por qué no condicionar una parte de las ayudas al desarrollo para lograr una mayor participación de los gobiernos africanos en esta tarea?

Segundo nivel: Radio y TV cultural. La lucha por la prevención de la salud y el control de la natalidad.

La comunicación, la educación y la participación en la cultura tienen la consideración de Derechos Humanos fundamentales. La democracia exige que, junto a la regulación y a las actividades de los poderes públicos, existan asociaciones libres que perfeccionen el empleo de los medios de comunicación y cooperen en el ejercicio de sus funciones.

La palabra *cultura* en el contexto de los medios de comunicación siempre provoca recelo. ¿De qué cultura estamos hablando? ¿De la occidental basada esencialmente en la técnica? ¿Del imperialismo

a través de las ondas? ¿De la africana? Las culturas africanas se fundamentan en la transmisión oral de las costumbres, tradiciones y mitos de la comunidad, de generación en generación.

Pero junto a esta África tradicional, surge otra que tiene que resolver el problema de cómo aglutinar tradición e innovación, dos vectores en aparente conflicto. La tradición es importante para que los pueblos africanos afirmen su identidad y refuercen sus raíces. El peligro surge cuando la tradición amenaza con impedir el desarrollo. Por otra parte, y aunque parezca mentira, el desarrollo puede llegar a ser considerado por muchos como una exigencia ajena o neocolonialista.

Los medios de comunicación en África deben incorporar estos dos vectores, tradición y progreso, si quieren contribuir al desarrollo de sus audiencias. Una emisora de radio o de TV no sólo tiene que vivir en el mismo mundo que su público, sino medir a la gente por lo que es, y no por lo que no tiene. Debe participar activamente en la vida de las comunidades, estimulando al público para que comience a ayudarse a sí mismo y a los demás.

Así tratamos de hacerlo en Radio AFRICA 2000, una emisora auspiciada por la Cooperación Técnica Española y RTVE, que nació en Guinea Ecuatorial bajo tres vectores de programación :

1. Contenidos culturales dirigidos al desarrollo humano. A la potenciación de la formación profesional y la educación permanente o reglada, a la atención de la salud a través de la prevención, a impulsar la presencia de las mujeres y su participación en las estructuras sociales, a informar y orientar sobre la planificación familiar, a difundir los derechos humanos...

2. Contenidos destinados a difundir y conservar la tradición oral y las culturas de los diversos grupos étnicos del país.

3. Contenidos de entretenimiento, básicamente música y radiomensajes.

El tiempo que duró la experiencia, al menos bajo mi dirección, pude comprobar el enorme potencial que tenía este experimento radiofónico.

Su final, no sólo ha supuesto una amarga decepción, sino el fin de una oportunidad única en el ámbito de un país perfectamente abarcable como Guinea Ecuatorial.

En este segundo nivel, Radio y TV de carácter cultural con contenidos no reglados, quiero destacar el papel primordial de los medios de comunicación en relación con la prevención de la salud.

Por ejemplo, frenar la expansión del SIDA es hoy una gran prioridad. Tres mil africanas contraen la enfermedad cada día. Ya hay más de 30 millones de africanos afectados. Aunque hay quien sostiene que las estadísticas no son fiables (puesto que entre el 30 y el 50% de las muertes atribuidas al SIDA, están en realidad provocadas por la malaria o la tuberculosis), es evidente que es preciso emplear todos los esfuerzos para difundir normas de comportamiento e instrucciones de prevención.

No es necesario insistir en el gran interés de los organismos internacionales en la comunicación y la sociedad del conocimiento hacia un mundo más solidario. Pensemos que, en situaciones adecuadas, los medios de comunicación pueden contribuir a cambiar las pautas de la vida cotidiana en veinte años, más de lo que lo ha hecho la escuela en los últimos diez siglos.

África debe contar con los medios de comunicación para asumir los valores éticos de nuestro tiempo. Esto supone una energía dirigida especialmente a la superación de los fracasos del pasado y del presente, pero supone también una ayuda internacional que piense prioritariamente en el hombre, no en el dirigente y en los intereses económicos anexos. Significa, en definitiva, el más explícito apoyo a los derechos humanos a través de los medios de comunicación.

Sin embargo, como en tantos otros aspectos, hay una parte visible, una cara iluminada del planeta. En la cara oculta, en el lado oscuro, se encuentra África. Mientras una parte de la humanidad par-

ticipa en la exploración espacial, otra apenas es capaz de asomarse al panorama que brindan los modernos medios de comunicación para su propio crecimiento.

África, desde su noche ancestral, llena de oscuridad y de olvido, espera que por una vez, la historia le haga justicia.

Madrid, 10 enero 2002

Bibliografía

"Derechos humanos en África. Teorías y prácticas". M. Kabunda. Bilbao, Universidad de Deusto. 2000.

"Derechos humanos y educación". E. López Barajas. Madrid. UNED. 2000.

"La nueva era de la televisión". Diversos autores. Academia de las Ciencias y las Artes de la TV de España. 2001.

"10 Preguntas por África". Agnés Sarri. Intermón. 2000.

"Informe anual del Fondo de Población de la ONU". FNUAP.

"Informe sobre el Desarrollo Humano". PNUD. Nueva York.

"Informe sobre la Comunicación en el mundo". UNESCO. París.

"Información, Derechos Humanos y Constitución". E. Gorostiaga. Instituto Oficial de Radio y Televisión. Madrid.

"Libertad y desarrollo". Donato Ndongo. Revista Mundo negro, vol 442. pp. 34 - 41. junio 2000.

"La educación en África subsahariana: de la enseñanza tradicional a la modernización educativa". O. Negrín. Revista de Estudios africanos, vol. 24 . pp. 125 - 153. 1999.

"Comunicación Tecnología y Desarrollo". H. Morlana - L. Wilson. Estudios documentales de Comunicación Social . UNESCO. París. vol. 101. 1999.

Despertar en Delhi

Delhi: belleza, caos, suciedad y sonrisas. Delhi: la calle convertida en cocina, aseo, peluquería, lavadora, cama y jardín trasero. Delhi: culturas milenarias, construcciones indescriptibles erigidas en nombre de la fe o del amor, miradas imborrables. Delhi: la pobreza, las malformaciones y deformaciones, la lepra o la locura, exhibidas, consideradas un activo que invertir. Delhi de Dioses y hombres, de ricos y pobres...

Sí. Eso fue Delhi para mí. Un lugar donde la vida no parece discurrir por los mismos caminos ni regirse por las mismas leyes, donde reina un aparente caos para la mente occidental incapaz de abarcarlo todo, donde las prioridades son otras... Un lugar que cuestiona, derrumba, que actúa como un terremoto en el alma.

¿De veras quieres que te cuente sobre aquel viaje? ¿Sí? Me encantaría compartir contigo la hermosa experiencia de descubrir el mayor coraje y compromiso que he visto, aún en las condiciones más difíciles... Cómo las preconcepciones cambian y el respeto por el hombre crece... Empecemos por las razones que nos llevaron allí.

Fue hace ya unos cuantos años, cinco o seis, si no recuerdo mal, que verbalicé por vez primera, tímidamente, que deseaba hacer algo que ayudase a que hubiera más gente feliz, más niños con una sonrisa... La primera vez que dije que deseaba trabajar para que éste fuera un mundo mejor.

Desde entonces, la idea de “y yo, ¿dónde puedo hacer más?, ¿dónde puedo ser más útil?”, me ha acompañado siempre y ha sido la clave en mi “estrategia vital”: Buscar aquel lugar y ocupación que se ajustara más a mi personalidad y cualificaciones, aquella labor donde pudiese ser más eficaz y sacar más partido a lo que soy, al mismo tiempo que me permitiera ser feliz.

³ El importe íntegro del premio, junto con una aportación equivalente de la autora, será destinado a la compra de un ordenador, acceso a Internet y una impresora para Muneer Social Welfare Society, ONGD local de la India.

Sabía que tenía mucho sentimiento respecto a las cuestiones de desarrollo, mucha pasión; pero también sabía que sin conocimiento fáctico y sin haber vivido las cosas sobre el terreno, poco podía hacer. Es mucho más fácil entender y luchar cuando se ha visto; así como también es mucho más fácil defender ideas o proyectos cuando uno tiene conocimiento...

En esa búsqueda de la realidad del mundo, de ese conocimiento experiencial y directo sobre lo que significa la pobreza y cuáles son los medios para subsanarla, conocimos a personas muy distintas. Recuerdo un chico que trabajaba en una ONG de Phnom Penh. A diario trabajaba con víctimas de tortura, familiares de desaparecidos, prostitución o niños que habían sufrido la amputación de miembros por causa de minas anti-personas. Una labor tan necesaria y al mismo tiempo que requiere tanta fortaleza emocional...

En el caso de la India, Paul (mi mejor amigo, mi compañero...) y yo entablamos amistad con Nicola, encargada de comunicación en AIAMED - "The All India Association for Micro-Enterprise Development". AIAMED está formada por un grupo de profesionales brillantes; son algo así como los servicios de consultoría, estudios de mercado, marketing del concepto para el beneficio de todos y formación, en el área de micro-créditos y micro-financiación en India. Son personas con una gran vocación por la ayuda, por el crecimiento. Y su labor es magnífica.

Pensamos que, dada nuestra formación empresarial y nuestra trayectoria profesional en el mundo de la banca, estaríamos en mejores condiciones de entender y aportar, de penetrar en el mundo de la co-operación por medio de un tema conocido. Así que nos fuimos a visitarles a Delhi, con la esperanza de aprender, contribuir, apoyar, crecer para poder hacer cada día un poco más... Nadie nos preparó para lo que íbamos a vivir. No importa cuántas veces hubiésemos visto la pobreza que nos sale al encuentro por las calles de Madrid u otras ciudades de países desarrollados, aquello fue una realidad muy distinta a la que yo hubiera podido imaginarme desde la comodidad del sillón de casa.

Nicola nos enseñó su trabajo sobre el terreno. Ella y sus compañeros nos ayudaron a entender las implicaciones de la economía, la política y la cultura en el desarrollo y el medio ambiente. Nos mostraron cómo se enseñaba a las mujeres a leer y escribir con textos sobre salud y planificación familiar, cómo se les daban unos pequeños créditos, quizá para comprar una oveja con cuya leche se fabricaba queso para vender y se alimentaba a los niños pequeños, o quizá para montar un modesto puesto de venta en el mercado...

Entre las actividades que prepararon para nosotros se encontraban varias visitas a ONGs con las que trabajaban directamente en el fortalecimiento de sus capacidades. Y en ellas descubrimos el mismo amor, el mismo compromiso, la misma implicación en crear un mundo mejor. Sí. Todos ellos nos abrieron las puertas de su vida y de su lucha diaria. Nos acogieron con los brazos abiertos y nos ofrecieron lo que tenían.

¿Lo que más me impresionó? Déjame que piense, déjame que ordene las ideas...

Sí. Es la oficina central de la última ONG que íbamos a visitar: Muneer Social Welfare Society. Una habitación de menos de veinte metros cuadrados. 11 personas en ella. Tan sólo una pequeña ventana permite la circulación del aire. Una mesa vieja y 8 sillas desvencijadas. Un ordenador antiguo. Exquisita pulcritud y limpieza en la sobriedad.

El calor ahoga, asfixiando la respiración y las ideas. Nos ofrecieron agua. ¡Agua! Líquido fresco que apagara el fuego de nuestras gargantas... Con una sonrisa la rechazamos. Desgraciadamente, no podíamos beber agua del grifo sin tratar. Unas cuantas palabras en hindi y uno de los hombres salió discretamente de la habitación. Regresó con una botella de refresco recién comprada para nosotros. Aquel lujo, aquel derroche, sólo por y para nosotros. Pensé que aquello era el más hermoso signo de hospitalidad que nadie ha tenido para conmigo.

Su nombre es Asad. Asad Masih. Y sus ojos son la determinación misma.

No habla inglés. Su voz aterciopelada expresa las ideas en hindi que luego nos son traducidas por Nicola, nuestra amiga/compañera india. Y nosotros, dos extranjeros que creíamos saber algo acerca de la bondad y del espíritu de co-operación, descubriendo por primera vez el verdadero empuje, la verdadera fe que mueve montañas. Y ese día me alegré. Ese día di gracias porque personas como él y como todas las de las distintas ONGs que visitamos existieran; porque el coraje, la pasión y el compromiso con el desarrollo estuvieran siendo vividos de una forma tan pura y eficiente.

Nos contaron su historia. Permíteme que la comparta contigo. Es una verdadera historia de amor por la vida y por el desarrollo.

En 1991, Asad y su esposa Shuvra llegaron a Delhi. Movidos por su vocación de trabajo para los “más pobres de entre los pobres”, crearon un grupo de trabajadores sociales y activistas comprometidos. Empezaron a trabajar en las barriadas más pobres de Delhi, con el deseo de colaborar con sus habitantes a que pudieran llevar una vida más digna. Hoy cuentan ya con 86 personas con dedicación plena.

¿Me preguntas por sus objetivos? ¿Que si son amplios? ¡Vaya, vaya! ¡Enormes! Pero escucha, ¡lo mejor es que los van consiguiendo! Como trabajan básicamente sobre personas de Bengala que se hacían en los suburbios de Delhi, donde no hay agua, escuelas o médicos; donde no hay un mañana mejor que parezca posible, sus esfuerzos se centran en la educación, la salud, la planificación familiar y el aumento de los recursos. Todo aquello que ayuda a que ese mañana sea, efectivamente, más digno, más lleno de esperanza y más colmado de ilusiones hechas realidad. Así, se dedican a proveer de educación primaria a los niños y tratan de alfabetizar a los adultos; intentan disminuir la incidencia de las enfermedades proveyendo de educación básica sobre prevención y, en los casos necesarios, proveen ellos mismos la asistencia sanitaria; tratan de reducir el tamaño de las familias mediante la educación en recursos de planificación familiar, para que aquellos pequeñuelos que ya están en este mundo, que nosotros veíamos correr medio desnudos y mirarnos con extrañeza, tengan más posibilidades; contribuyen a incrementar los ingresos familiares mediante la provisión de financiación para empezar pequeñas compañías; e incluso han creado orfanatos donde dan comida, cobijo y educación a los niños huérfanos.

Sí, ya sé que suena increíble. Lo es. Y la estrategia es la adecuada: ayudar a los individuos, familias y comunidades a incrementar su capacidad de ayudarse a sí mismos. Actúan bajo la convicción de que la situación en las barriadas puede cambiar y evolucionar positivamente sólo si sus habitantes participan de forma activa y contribuyen al desarrollo.

Te cuentan historias hermosas pero también hay casos muy duros. Uno de los ejemplos más característicos es como, en una sociedad en la que la igualdad de género es un concepto no entendido o compartido, “empoderar” a la mujer, darle voz y recursos, no siempre es bien recibido. Cuando crean los grupos de micro-financiación y micro-créditos, dirigidos habitualmente a mujeres, se suelen encontrar con las preguntas... Y ¿por qué a mi mujer y no a mí? No, no, habla conmigo; ¿créditos? No, ¡yo quiero dinero en efectivo!; o ¿qué intención oculta tienes? ¿Por qué te preocupas por nosotros? O en los casos más duros, con los supuestos suicidios de mujeres que, reclamando lo que son sus derechos básicos, ponían en entredicho el status quo más de lo que los maridos podían soportar.

¡Podría contarte tanto! Contarte sobre esos ojos de niño que tiene hambre, sobre esa madre que lo sostiene en brazos, sobre sus ojos rojos por la polución y el llanto... Lágrimas amargas porque cree que no hay un futuro o una oportunidad. Y es precisamente a ellos que organizaciones como Muneer o AIAMED, inspiradas por personas como Asad Masih o Nicola, les conceden la posibilidad de un futuro y de una oportunidad. Formación, cuidados, salud, darles una voz, crear grupos de autoayuda, concienciar en términos de planificación familiar... Cada parte importa, cada pequeño paso se convierte en zancadas de gigante en la mejora de las condiciones de las familias beneficiarias...

Desde entonces pienso que es posible. Desde entonces sé que podemos construir un mundo mejor si nos lo proponemos. Amemos, creamos, infundámonos de pasión por el desarrollo y de compromiso con nuestros semejantes. Tengo la suerte de haber descubierto en esos hombres y mujeres, que se mueven entre la más absoluta miseria (aquella que antes de verla ni siquiera era capaz de concebir), modelos a seguir. ¡Tanta felicidad, energía, determinación, compromiso! ¡Tanto AMOR! Sí. Su recuerdo iluminará siempre mi camino.

En septiembre de 2000, los 189 países miembros de Naciones Unidas en aquel momento aprobaron la "Declaración del Milenio". En ella se comprometían a realizar las políticas necesarias para que en el año 2015 fueran más las personas que vivieran una vida digna; para que los Objetivos de Desarrollo Internacional, esos mismos por los que los trabajadores de AIAMED o Muneer luchan todos los días, se cumplan. Los organismos supra-nacionales, los gobiernos de los países, las empresas, las ONGs y los individuos... todos debemos ponernos manos a la obra. Y es que contar hasta el 2015 es una labor de todos.

2015 o el futuro irreductible

Proponer una fecha para situar un futuro posible que encarne las utopías más esperadas y que, sin embargo, no deje de ser una utopía, que tenga el poder de una fuerza de atracción, de mito en el porvenir, tiene un antecedente desfavorable, de una gran decepción simbólica en el advenimiento del año 2000, tan decepcionante como haber esperado para 1999 un desenlace crucial que posibilitara efectivamente inaugurar el nuevo milenio. Pero aunque esta apuesta pueda ser de mal augurio podemos sostener un pensamiento que intente situar las condiciones posibles para la próxima década, utilizar una estrategia propia de la ciencia-ficción y plantear una ucronía, es decir, hacer el ejercicio teórico e imaginario de pensar cómo hubiera sido una situación si ciertos hechos del pasado hubieran sido distintos a los que pasaron. Cómo en un determinado momento se juega una división del destino, una apertura de posibilidades que cierra otras y, en efecto, es al pensamiento al que le toca jugar la baza primera, la apuesta crucial para plantear las reglas de juego frente al devenir del mundo.

Frente al futuro hemos guardado en general una relación poco imaginativa, ya que se nos presentaba casi inexorablemente como mejor al pasado y al presente, fruto de una tendencia irreversible que denominamos progreso, dejando las visiones pesimistas para la literatura o para indicar una rectificación ideológica pero que finalmente participaría de la concepción progresiva de la historia. Sin embargo, el destino no parece haberse sellado bajo ese imperativo evolucionista, de mejora continua y todas las miserias y contradicciones salen a relucirse entre el fin de siglo y el nuevo milenio, funcionando como el espejo retrospectivo que nos devuelve la imagen siniestra que parecía haber sido exorcizada, como Dorian Gray con su cuadro. Podríamos establecer un nuevo punto histórico, un nuevo cero a generarse en unos años más y que al menos nos sirva de apuesta, de desafío para emprender un recorrido. Ahora bien, no es lo mismo un recorrido ascendente, que busque concretar un proyecto en su desarrollo, que un trazado crepuscular, nihilista: el año 2015 puede ser una cuenta regresiva o un punto de tensión que juegue simbólicamente como un poder de atracción de potencialidades no desplegadas, de visiones no encarnadas aún. El año 2000 ha tenido ese sesgo, el de parecer más una cuenta regresiva que un punto de encuentro de trayectorias y de lanzamiento de un nuevo panorama y en este sentido los atentados a las Torres Gemelas han literalizado que la historia no ha avanzado sino más bien ha implotado, se ha derrumbado llevándose consigo una pantalla protectora de seguridad, de libertad y democracia. Resulta, inversamente, una suerte de

agotamiento de un momento histórico y en parte, tal vez nos sirva para comenzar efectivamente un nuevo proceso. En la ambigüedad de todos los procesos pueden vislumbrarse alternativas para un futuro que podamos considerarlo efectivamente como tal.

Diversas hipótesis pueden servir de ejes referenciales para ensayar una prospectiva que vislumbre las condiciones futuras, pero que funcionarían a su vez como un retorno para pensar qué somos actualmente o qué hemos sido en el comienzo del milenio para generar ese futuro. Seguramente dentro de una década miraremos estos años del mismo modo que cuando el hombre llegaba a la Luna y ese acontecimiento era transmitido a todo el mundo: el hombre conquistaba algo más que el espacio exterior, podía hacer realidad el sueño de la humanidad de llegar a un nuevo suelo que no fuera la propia Tierra. Pero lo más interesante de este acontecimiento lo describió Marshall McLuhan, “después de que los astronautas del Apolo giraron alrededor de la superficie lunar en diciembre de 1968, montaron una cámara de televisión y la enfocaron sobre la tierra. Todos los que estábamos observando tuvimos una enorme respuesta reflexiva. Entramos y salimos de nosotros mismos al mismo tiempo. Estábamos en la Tierra y en la Luna al mismo tiempo”⁴. Salimos de la Tierra para mirarnos a nosotros mismos, mientras que desde la Tierra observamos otros planetas, imaginamos otros mundos. La conquista del espacio exterior, más que un avance hacia nuevos mundos, fue como el establecimiento de un nuevo empuje, un espejo curvo que nos devuelve nuestra propia imagen. En función de recorrer ese “futuro retrospectivo”, vamos a desarrollar tres hipótesis, tres apuestas teóricas que desde diversos ángulos y aplicaciones pueden servir de mediadores simbólicos con el destino.

El futuro en clave de téttrade

La primera es una propuesta de McLuhan quien estableció una figura conceptual que diera cuenta del impacto de nuevas tecnologías sobre una cultura o un momento histórico, y para ello planteó la necesidad de pensar una estructura que denominó téttrade, a través de la cual intentaba demostrar la articulación que se genera entre el estado previo a una irrupción técnica y el nuevo. De esta configuración entre lo previo y lo nuevo ante la inserción técnica, se componen cuatro procesos simultáneos, propios del ajuste cultural que exige una nueva tecnología.

1. Se intensificará algo, realizándose un elemento que antes no tiene esa presencia; en un esquema gestáltico, sería una nueva Figura.
2. Hará que algo se torne obsoleto, entre en desuso. Aparece un nuevo Fondo.
3. Se recuperará algo. Algo pasado puede posicionarse como Figura.
4. Empujará al límite en dirección de un efecto opuesto, es decir, provocará una inversión. Otro fondo.

⁴ “La aldea global”. McLuhan, Marshall y Bruce Powers. pp. 21-22. Ed. Gedisa. 1993. Barcelona. Trad. Claudia Ferrari.

Este proceder de cuatro instancias, puede ser pensado como un verdadero logos, es decir, como una racionalidad inmanente que configura lo esencial en la concomitancia de procesos que implica una nueva tecnología. McLuhan propone varios ejemplos de tétrades, como el caso del teléfono: 1. aumenta el impacto y la velocidad de la voz particular; 2. desgasta el cuerpo como hardware, creando la conciencia sin cuerpo; 3. recupera el sentido de la telepatía; 4. se convierte en línea colectiva, omnipresencia, como la llamada en conferencia o teleconferencia ⁵.

Diversos fenómenos pueden ser pensados desde la perspectiva del tétrade tecnológico y dado su alcance cultural, podríamos denominarlo el tecno-logos tetrádico de la cultura. Es posible tomar algunos otros fenómenos y analizarlos desde el tecno-logos tetrádico, por ejemplo, Internet:

1. Intensifica el flujo de intercambios y la acumulación de información.

2. Se vuelven, poco a poco, obsoletas muchas tecnologías previas: telefonía, fax, medios gráficos, etc. También se vuelve obsoleta la diferencia temporal del pasado, presente y futuro, ya que la condición temporal de Internet es el tiempo real, el up-date. La extensión espacial, el viaje, el recorrido también se vuelven obsoletos en la ubicuidad de Internet.

3. Se recupera la cultura epistolar con el e-mail y el intercambio personal por la tecnología a través de la concurrencia de varios sentidos, vista, oído (videoconferencia) pero también las inminentes posibilidades del olfato y el tacto.

4. El incremento de la información, de los interconexiones, vuelve más remotos a los vínculos personales, a la presencia física de las relaciones, empuja el vínculo real hacia lo virtual. Pero también se produce otra inversión, el hombre siempre pensó a la técnica artesanal, a la técnica maquinística, pero a la tecnología virtual el hombre ya no la piensa, es ella la que nos piensa, quien nos instala dentro de su red: Internet nos piensa ⁶.

La importancia teórica de la noción de tétrade no radica sólo en el valor descriptivo que ofrece, sino en la posibilidad de vislumbrar una constante en el influjo de las metamorfosis tecnológicas, cuestión que abre el juego a las implicancias que tendrán los nuevos avances, las nuevas posibilidades técnicas, genéticas, informacionales, etc. que generan, tanto por los redimensionamientos como los desusos, los avances y los relictos, las viejas novedades y las rápidas obsolescencias.

El tétrade como logos tecnológico y su injerencia como proceder específico de las tecnologías con su ajuste cultural correspondiente no hará más que incrementarse en el futuro.

Contando el futuro en ciclos: los Kondratieff

Ahora bien, podríamos sostener otra teoría que nos podría ayudar a contar hasta el 2015 desde otro ángulo retomando la propuesta de los Kondratieff que desarrolla el economista alemán Leo

⁵ *Op. Cit.* pp. 173.

⁶ "El intercambio imposible". Jean Baudrillard. pp. 22. Ed. Cátedra. Madrid. 2000.

Nefiodow ⁷. Un Kondratieff es un largo ciclo coyuntural regido por la aplicación de alguna técnica que sea el motor principal del desarrollo económico. Quien primero describió este tipo de procesos fue el ruso Nikolai Kondratieff en la década del 20 del pasado siglo, cuando ya era incipiente la impronta de las tecnologías sobre la economía y la cultura, pero aún no había alcanzado el grado de desarrollo que tienen actualmente. Un Kondratieff, dice Nefiodow, no es sólo un proceso económico sino un fenómeno que comprende a toda la sociedad en general; modifica la forma en que una sociedad se organiza a fin de aprovechar del mejor modo la nueva innovación básica. Desde la revolución industrial hasta la actualidad se han llevado a cabo cinco ciclos Kondratieff, comenzando por la aplicación técnica de la energía del vapor, el segundo ligado a la implementación del uso del acero y el carbón, luego, en el tercer Kondratieff fue la electrónica y la química, una vez finalizada la segunda guerra mundial la petroquímica y el automóvil fueron eje del cuarto, que habría durado hasta la crisis del petróleo de 1973, y de allí en más, la informática ha marcado el nuevo desarrollo tecnológico que hace girar de modo más específico a la economía y con ello a todas las necesidades y aplicaciones que se generan. Sin embargo, el quinto Kondratieff, dice este autor, estaría perdiendo fuerza en función de un nuevo basado en el concepto de “la salud integral”, aquí todas las aplicaciones tecnológicas -técnica ambiental, tecnología óptica, medicina, biotecnología, etc- se encarrilan para intentar dar cuenta del deterioro que ha sufrido el hombre, tanto a nivel individual como grupal en las condiciones contemporáneas de vida, el eje de la economía estaría en resolver el “sector entrópico” que la sociedad tiene en todos los problemas de salud, en las relación laborales conflictivas, en las adicciones a las drogas, pero también al trabajo, a las computadoras, en los índices de criminalidad y marginalidad, en las perturbaciones psíquicas, en la degradación ambiental, etc., todo obliga a una considerable inversión en este sector, a movilizar la economía, la política, la educación, la medicina, el desarrollo del Tercer Sector, de las ONGs, para dar cuenta de esta energía negativa de la sociedad. En principio este sexto Kondratieff tendría un función reparadora, exclusivamente terapéutica para sanear las condiciones de vida existentes, pero luego sería el motor propio del desarrollo del empleo y quien daría las pautas sustantivas de la cultura, para el mantenimiento de la calidad de vida y para el impulso de nuevos desarrollos, incluso hoy ya todo lo vinculado a la salud, a la estética, mueve una importante parte del desarrollo económico de nuestras sociedades.

Hoy estaríamos en la transición de ambos ciclos, del informático y el de la salud integral y a ellos dos los podemos denominar tecnológicos, la sociedad informática se conjuga con la tecno-salud. El hombre como nunca está integrado a sus coordenadas, se mueve (o es movido) por una maquinaria en donde él ya no toma las decisiones en forma autónoma sino que opera en red con la tecnología, para bien o para mal, funciona dentro de un esquema cibernético de cultura, ha depositado en ese artificio informático y sanitario el núcleo de las determinaciones socio-económicas más relevantes, siendo él mismo quien genera los efectos negativos y de quien se esperan soluciones.

Podemos incluir tres dispositivos que remiten a este esquema cibernético de la tecno-salud: la biotecnología (incluida la modificación genética de alimentos, las tecnologías vinculadas a la salud, etc.), la informática y los medios de comunicación (en los que podemos integrar todo lo referido al

⁷ “El sexto Kondratieff - Vías para la productividad y el pleno empleo en la época de la información”. [“Der sechste Kondratieff. Wege zur Produktivität und Vollbeschäftigung im Zeitalter der Infromation”]. Leo Nefiodow. Rhein-Seig-Verlag 1996.

transporte). La reflexión sobre la vinculación entre las nuevas tecnologías y la cultura no debe tratar de evaluar exclusivamente los productos de las nuevas tecnologías en las distintas esferas culturales, sino la posibilidad o no de una política de las mismas y en límite de esto, qué cultura está en juego en su dominio y aplicación. Para Paul Virilio, la cultura del ciber mundo lleva a la política de lo peor⁸, al accidente de cada tecnología, que de a poco se va convirtiendo en su principal motor, una suerte de contra-Kondratieff, que opera como verdadero eje que hace circular y desarrollar sus posibilidades. La negatividad de la tecnología sería quien da aliento, materia crítica para el avance del ciber mundo, pero es al mismo tiempo este fracaso un punto de inflexión, aquello que la cultura debe asimilar. De algún modo eso es el sexto Kondratieff, los fenómenos marginales de la salud, los aspectos residuales, son los que movilizan la economía y la cultura.

La residencia secundaria o el exilio futuro

Como tercer hipótesis podemos retomar el concepto de “residencia secundaria”, esta noción es presentada por Baudrillard⁹ para analizar el destino de diferentes fenómenos que encuentran doblada su dimensión inicial, su hábitat primario a través de la abstracción de su condición original. Así sucede con el arte que tiene su residencia secundaria en los museos (que también serían en parte la residencia secundaria de la historia); los mercados, los sistemas bursátiles como residencia secundaria de la mercancía y del valor de cambio; los animales con su residencia secundaria en los zoológicos; o las pantallas en general como la residencia secundaria de la imagen y de la imaginación. Los medios de comunicación, siguiendo esta perspectiva, serían la residencia secundaria, en tanto información, de los acontecimientos y de la realidad en general. Este salto de órbita también implica un cambio en su principio regulador, si a los acontecimientos aún los determina un principio de realidad, en los medios, ese principio es de otra clase, es del orden virtual. Todas las residencias secundarias están atravesadas por una lógica nueva, distinta a la que fija a las residencias primarias, esta lógica nueva, esta nueva determinación es precisamente lo virtual; incluso lo virtual mismo no es otra cosa que la residencia secundaria de lo real.

Se puede sostener que una residencia (primera) es el lugar en donde algo puede realizarse en su esencia y perdurar, el sitio en donde puede participar de un intercambio, de una iniciación con las demás cosas. Plantear una residencia secundaria es pensar una nueva dimensión para que todo aquello que reside en su lugar natural pueda entrar en una dimensión sustituta, en una residencia artificial, es un estado de abstracción que orbita sobre la cualidad primaria y la despoja de sus condiciones originales permitiéndole de ese modo una existencia supletoria, adicional. La residencia secundaria vuelve mítica a la residencia original, la desliza hacia un *in illo tempore*, destinada a ser revivida como un reservorio imaginario. De este modo, cuando algo es lanzado a los medios como

⁸ “El ciber mundo, la política de lo peor”. Paul Virilio. Ed. Cátedra. Madrid, 2000. Trad. Mónica Poole.

⁹ “Urbanismo y arquitectura. La violencia del objeto”. Jean Baudrillard. Conferencia pronunciada en la V Bienal de Arquitectura, Buenos Aires, 1995.

información, ya no es más un acontecimiento, porque ha abandonado su residencia original, ahora pertenece a otra dimensión, la virtual, en donde puede circular por todas las instancias que la componen porque ahora es un acontecimiento virtual, un no-acontecimiento. Lo virtual implica un nuevo paso, una literal metafísica, ya no es el mundo real la referencia de las cosas, en lo virtual es la información el nuevo eje, ella sería una nueva etapa de la realidad, su estadio incorpóreo y abstracto. Y así como se habla del tiempo como la cuarta dimensión de las cosas tendríamos que agregar una quinta, la información, sería la quinta dimensión, la quintaesencia de las cosas.

Tomemos el caso de la ciudad, cómo sus formas tradicionales van siendo desplazadas por su residencia secundaria a través las nuevas formas urbanas que constituyen los *countries*, los barrios cerrados, los *shoppings*, los *showcenters*, los edificios inteligentes, etc., es la hiperurbanización que requiere de grandes vías de comunicación, de autopistas, de accesos que permitan una adecuada fluidez del tránsito, clave de la gestión de la circulación y concentración urbana: metrópolis satelital que acompaña la virtualización de los intercambios humanos. Estas nuevas figuras implican la reducción de las formas de intercambio que supone la ciudad y en particular la calle, todo se resuelve en ambientes cerrados, artificiales, sistemas homogéneos, cuyo principio regulador es la interactividad, ya sea del comercio, de la diversión, el vínculo con el medio ambiente y desde luego la cuestión de la residencia misma. Chantaje de la seguridad en un sistema de vida aséptico, en donde las formas primarias de la relación social y de la vida urbana quedan congeladas como vestigios arqueológicos. Fin de la polis, de la ciudad tradicional que alimentó, aún con intermitencias, varios milenios de cultura urbana en beneficio de las nuevas orbis inteligentes (incluidas las ciudades digitales, las *cyber-ciudades*) que satelizan las formas de intercambio social y urbano pero que al mismo tiempo generan su propia catástrofe, sus propias marginaciones y peligros, una estandarización internacional del estilo que elimina paulatinamente la singularidad de lo arquitectónico y lo urbano. Ahora bien, estas apreciaciones no están en contra de las nuevas aplicaciones tecnológicas en la arquitectura y el urbanismo, sino que la intención es poder vislumbrar este cambio de fase, esta paulatina omnipresencia de la residencia secundaria. De todos modos puede suceder que sea posible una condición estética propia, una nueva sensibilidad que pueda dar cuenta de esto y que recupere un valor simbólico, como expresa el arquitecto Jean Nouvel: "Una de las vista más reveladoras de la ciudad contemporánea es la que tenemos desde un vuelo nocturno: estructuras y densidades aparecen marcadas por la iluminación artificial sobre el fondo oscuro de la noche. Todo esto proporciona a la ciudad una verdadera dimensión poética, incluso por similitud con la imagen que tenemos del cosmos... Debemos ser capaces de sacar partido de estas dimensiones poéticas de las tecnologías emergentes"¹⁰. Queda el interrogante de entrever cómo esta transferencia al orden de la residencia secundaria puede albergar alguna seducción, un nuevo pacto, una habitabilidad.

Algo similar a la ciudad pero de consecuencias aún más inciertas es lo que sucede a nivel de la genética (genoma incluido) que es la residencia secundaria de la vida. Toda las formas biológicas con sus implicancias anatómicas, fisiológicas, taxonómicas, son precedidas por la formalización genética, análogamente a la cartografía, que implica un territorio previo para formalizar a posteriori el mapa, aquí el mapa genético precede al territorio, precede a la vida misma y si nos preguntábamos qué es

¹⁰ Entrevista a Jean Nouvel en la revista *El Croquis*. n°65-66. Madri. 1994.

la vida, hoy ya sabemos que es información (genética). Aquí tendríamos que plantear la función demiúrgica de la biogenética y de todas las tecnologías avanzadas, las digitales, el laser, las nucleares que moldean la realidad (virtual) según un modelo operado a discreción. En este sentido, no se podría operar sobre lo real si antes no se ha consumado el pasaje a su residencia secundaria, si lo real no ha sido suplantado previamente por la residencia secundaria de lo virtual; igual situación para la clonación, si ella es técnicamente posible es porque ya hay una clonación a nivel social, en una gran cantidad de esferas culturales ya hay una suerte de clonación, de multiplicación serial de objetos, de costumbres, de tics, de vicios, es la tecno-cultura la que en cierta medida anticipa a la posibilidad técnica de la clonación física.

Ahora bien, ¿qué implicancia se establece entre la residencia original y la secundaria? Cuando un acontecimiento deja de ser histórico, es decir, de continuar vivo en la memoria colectiva y en la actuación de un pueblo, puede pasar a su residencia secundaria, por lo tanto, ya está en condiciones de residir en un museo; cuando una especie vegetal o animal o todo un ecosistema pasa a residir en un zoológico, en un parque nacional, etc. es, o bien, porque su residencia primaria ha desaparecido o porque ella misma como especie o su sistema ya están amenazados y necesitan otra residencia para subsistir. Algo que tiene su propia vitalidad, que todavía encarna su propio principio no necesita de una residencia secundaria (que en este sentido sería una suerte de geriátrico óntico, -el geriátrico, por su parte, es una residencia secundaria de la vejez). Desde esta perspectiva podríamos decir que los acontecimientos que son mediatizados son aquellos que están en vías de extinción o que ya no pueden interpretar su lógica real, su principio de realidad. Algo que está amenazado en su existencia pasa a sobrevivir en la residencia secundaria; y a la inversa, si algo pasa a residir en su residencia secundaria está amenazado de seguir existiendo en sus condiciones originales.

Cuando entramos en el estadio de la residencia secundaria las cosas se reducen, obligadas por el efecto de abstracción, a su condición última: la información. Precisamente, la información es aquello que de las cosas puede trasladarse, lo que de ellas puede circular a mayor velocidad, frente a la resistencia de la sustancialidad, a la gravitación que las condiciona, la información es una suerte de espectro que cruza acelerado los trayectos resistentes para las cosas ¹¹.

En la residencia secundaria se juxtaponen diversos elementos que conjugan su lógica: dimensión virtual, especie-hábitat en extinción, ruptura del pacto simbólico de la residencia original, existencia supletoria, destino artificial. El universo natural, primario no establece una auténtica dialéctica con el espectro de residencias secundarias que lo acechan, sólo se produce un conjuro respectivo. Para el futuro caben dos hipótesis opuestas pero que pueden seguir su curso paralelo: o bien el mundo avanza hacia el cibernundo, hacia su residencia secundaria definitiva o bien resistirá a su absorción virtual, su cualidad simbólica perdurará irreductible, reintegrándose a un devenir propio.

No se trata en este análisis de la residencia secundaria de estigmatizar a la tecnología y salvar a la cultura, de sellar el futuro bajo el signo aciago del presente, sino extremar las hipótesis, ir con los

¹¹ Alguna teoría formulada por los griegos sostenía que la imagen era algo que segregaba el objeto cada vez que alguien lo miraba, hoy podemos decir que es la información esa secreción de la realidad, aquello que puede desafectarse de las cosas. Hoy la información ocupa ese lugar, pero además tiene para nosotros el carácter mítico de ser la referencia última de las cosas, como sucede con la información genética.

planteos hasta donde alcance su determinación y ver qué queda allí, qué hay de irreductible en el análisis mismo. No quedarse sólo en el punto en donde el funcionamiento tecnológico es utilizado por el hombre de un modo racional, correcto que apuntala las facultades humanas, o donde la crítica hacia ella queda ciega, como mera forma de alienación de lo humano, siendo todo exclusivamente negativo, sino intentar rastrear cuál es el acontecimiento propio de la tecnología y allí poder alcanzar también el punto en donde la cultura pueda responder a su singularidad.

Lo que hay de irreductible a la cultura para la tecnología, lo que hay de irreductible de la tecnología para la cultura, así como hay algo irreductible en el futuro para el pasado, algo no previsible, inescrutable en el presente en función del pasado y en vista al futuro. El ser de la cultura es irreductible a la equivalencia funcional de las tecnologías, al mismo tiempo la ambigüedad técnica no puede ser absorbida por la cultura, ambas son extrañas entre sí. Entonces, en el límite de la tecnología es donde la cultura alcanza su libertad, su juego espontáneo, su condición irreductible, su singularidad. Quizá la tecnología tenga esa función, la de revelar qué es lo propio de la cultura cuando son eliminadas las funciones que pueden ser suplantadas por ella, qué queda, qué no puede ser metabolizado por el principio tecnológico de funcionamiento. La cultura siempre será un exceso para las tecnologías, un gasto innecesario, sin ninguna eficiencia, sin ningún rendimiento, una suntuosidad ingobernable, o como diría Bataille, una parte maldita. Allí precisamente reside su soberanía, el carácter único de la cultura, en siempre ser un más allá, algo indefinible, inasimilable, como lo es la propia tecnología a la cultura misma.

Quedaría por vislumbrarse cómo puede mantenerse una distancia óptima entre las posibilidades humanas y lo propiamente humano, cómo puede regularse entre ambos ese equilibrio recíproco, eso que podemos designar el orden simbólico. De todos modos no se trata de un escape nostálgico hacia el pasado, abandonando las posibilidades tecnológicas, pero es necesario no convertirse en un mero recurso, en materia prima del imperativo tecnológico y cibernético.

*“Creo que el mundo será salvado por una mejor literatura”
Mallarmé*

Figuras de lo irreductible

Podríamos circunscribir nuestro análisis a una interrogación fundamental, ¿cómo captar lo irreductible del futuro?, ¿de qué modo podemos establecer un pacto con el devenir, un equilibrio en tensión entre las posibilidades humanas, las propuestas políticas, institucionales, la voluntad y el voluntarismo y todas las contradicciones, las negatividades, la sombra que se proyecta en todo proceso?, ¿cómo curarse en salud de un proceso que de realizarse tendrá necesariamente sus reversos, su doble, su juego ambiguo?

La problemática migratoria tal vez sea una buena manera de mostrar un mestizaje, un devenir, un encuentro que de un modo más programado, racionalizado, políticamente (in)correcto no sería posible; no sabemos cómo suceden finalmente estos procesos, pero seguramente ningún diseño político pueda dominar, pueda articular con coherencia permitiendo una convivencia armónica, sino eventualmente, y en la mayoría de los casos, empeorar una gestión más espontánea, movida por cri-

sis, persecuciones o miserias. Algo similar sucede con la planificación urbana, la ciudad ha devenido y lo seguirá haciendo de manera ligeramente caótica, enigmática pero a salvo de una racionalidad absoluta que sería la manera de ponerle fin, de sellarle su desaparición como lugar de intercambios, de encuentros fortuitos, únicos, singulares.

Más allá de las tecnologías y la racionalidad dominante, están las paradojas, la cualidad irónica y el efecto téttrade que tal vez puedan ser una forma nueva de libertad. La tecnología también puede ser considerada como parodia y ambigüedad y no sólo como dominación y desencantamiento del mundo: la intensificación de los quiasmos tecnológicos en su ajuste con la cultura. La Banda de Moebius nos recuerda que todo tiene su anverso: siguiendo una misma línea se puede generar la inversión del propio desarrollo.

Por su parte, la ecología para no perecer como toda ideología, para que no le llegue su muro derribado, para no confundirse con una moral posmoderna o una reivindicación de derechos para la naturaleza (algo decididamente absurdo, a menos que la naturaleza sea un sujeto), debería devenir en una vinculación orgánica con el mundo, un modo no terapéutico, reaccionario, sino vital, desacomplejado de tratar a todas las cosas. Hay un riesgo en pensar el cuidado del medio natural, el impacto ambiental o el desarrollo sustentable, sin mantener una dosis de paradoja, de inversión de intenciones humanas; si otras civilizaciones como la precolombina, pudieron establecer un vínculo equilibrado con el medio y abastecer sus sistemas de vida sin degradar al ambiente es porque buscaron entramarse con el mundo con las reglas del mundo, no imponiéndoles su voluntad a través de la técnica. Algo similar puede plantearse con la moral, para no caer en un voluntarismo de valores y deberes habría que establecer la reciprocidad propia de la virtud, que es manifestación del juego inmanente con el mundo; palabras como solidaridad o equidad se fatigarán como los virus si no logran entrar en el juego del mundo, si únicamente expresan una mala conciencia unilateral de los poderosos. Dice Kafka, "en tu lucha contra el mundo, intenta secundar al mundo". Y del mismo modo el liderazgo será responsabilidad y reciprocidad, no deberá ser demostración de carisma y oportunismo; quizás podrá tolerarse más la miseria, el sufrimiento, la desgracia, pero lo único que será siempre insoportable es la arrogancia del poder.

Así como en el presente rastreamos lo irreductible del futuro, en unos años el presente también será inaprehensible, él habrá sido un conjunto de puntos de inflexión y de series que se abren permanentemente, inasimilables unas a otras pero alguna de ellas habrá destinando aquello que se concrete como futuro. En un mundo cuya religión es el ateísmo cobran una singular significación las palabras de Hölderlin: "cuando la ausencia de dioses llegue en nuestra ayuda", es de esperar, entonces, que las deidades tecnocráticas, los apóstoles de la racionalidad y de la moralidad globalizada hayan cumplido su ciclo de omnipotencia y su defección devenga en nuestra ayuda.

No está decidido el mundo, su vitalidad no depende de una fecha de vencimiento y su destino debe seguir siendo creado, "el mundo es lo que acontece" dice Wittgenstein.

Objetivos de Desarrollo Internacional



Los **OBJETIVOS DE DESARROLLO INTERNACIONAL** han surgido de las Conferencias y Cumbres de Naciones Unidas celebradas durante la década de los 90, entre ellas:

- Conferencia Mundial sobre la Infancia (Nueva York) 1990
- Conferencia de la ONU sobre Medio Ambiente y desarrollo (Rio de Janeiro) 1992
- Cumbre Mundial para el Desarrollo Social (Copenhague) 1995
- Cuarta Conferencia Mundial sobre Mujeres (Beijing) 1995
- Cumbre del Milenio (Nueva York) 2000
- Beijing +5 (Nueva York) 2000
- Cumbre Mundial sobre Alimentación: 5 años después (Roma) 2001
- Conferencia Internacional sobre Financiación del Desarrollo (Monterrey) 2002
- Rio+10 (Johannesburgo) 2002

Resoluciones aprobadas por la Asamblea General:
Declaración de Milenio A/RES/55/2 (13 de septiembre de 2000)
Seguimiento de los resultados de la Cumbre del Milenio A/RES/56/95 (30 de enero de 2000)

BIENESTAR ECONÓMICO

- ▶ **OBJETIVO 1: Erradicar la extrema pobreza y el hambre**
META 1. Reducir a la mitad, entre 1990 y 2015, la proporción de personas con ingresos menores a 1 dólar USA al día
META 2. Reducir a la mitad, entre 1990 y 2015, la proporción de personas que padecen hambre

DESARROLLO SOCIAL

- ▶ **OBJETIVO 2: Conseguir una educación primaria universal**
META 3. Conseguir, para el 2015, que los niños y niñas de todos los países terminen sus estudios primarios
- ▶ **OBJETIVO 3: Promover la igualdad de género y empoderar a las mujeres**
META 4. Eliminar la disparidad de género en educación primaria y secundaria preferentemente antes de 2005, y en todos los niveles de educación no más tarde de 2015
- ▶ **OBJETIVO 4: Reducir la mortalidad infantil**
META 5. Reducir en dos tercios, entre 1990 y 2015, la tasa de mortalidad en menores de cinco años
- ▶ **OBJETIVO 5: Mejorar la salud materna**
META 6. Reducir en tres cuartos, entre 1990 y 2015, la tasa de mortalidad materna
- ▶ **OBJETIVO 6: Ampliar el acceso a la planificación familiar y combatir el VIH/SIDA, la malaria y otras enfermedades**
META 7. Acceso universal a los servicios de salud reproductiva para el 2015.
META 8. Se habrá detenido, y habrá comenzado a disminuir, el avance del VIH/SIDA, la malaria y otras enfermedades graves

MEDIO AMBIENTE

▶ **OBJETIVO 7: Asegurar la sostenibilidad medioambiental**

META 9. Integrar los principios de desarrollo sostenible en las políticas y programas nacionales antes de 2005 y revertir la pérdida de recursos medioambientales para el 2015

META 10. Reducir a la mitad, para el año 2015, la proporción de personas sin acceso sostenible al agua potable

META 11. Conseguir, para el año 2020, una mejora significativa en las vidas de al menos 100 millones de personas que viven en chabolas

PARTICIPACIÓN - MARCO PARA EL DESARROLLO

▶ **OBJETIVO 8: Desarrollar una Asociación Global para el Desarrollo**

META 12. Desarrollar un sistema comercial y financiero abierto, regulado, predecible y no discriminatorio

META 13. Tener en cuenta las necesidades especiales de los Países Menos Avanzados

META 14. Tener en cuenta las necesidades especiales de los países sin mar y las pequeñas islas en desarrollo

META 15. Tratar en profundidad los problemas de la deuda de los países en desarrollo, a través de medidas nacionales e internacionales, para hacerla sostenible a largo plazo

META 16. Desarrollar y poner en marcha, en colaboración con los países en desarrollo, estrategias para conseguir trabajo productivo y digno para los jóvenes

Meta 17. Hacer accesibles, en colaboración con las empresas farmacéuticas, los medicamentos a los países en desarrollo

META 18. Hacer accesibles, en colaboración con el sector privado, los beneficios de las nuevas tecnologías, en especial de la información y las comunicaciones

Un “no a la pobreza”

La pobreza constituye una violación de los derechos humanos. Su incremento y los retos que plantea la superación de la brecha Norte-Sur en el mundo, nos obliga a pensar en la dura realidad que se impone a millones de personas, y en la necesidad de movilizarnos para romper las condiciones que facilitan su reproducción. La pobreza no es únicamente falta de ingresos o escasez de recursos, sino que, sobre todo, es la imposibilidad de una vida digna.

IPADE, consciente de la necesidad de aunar esfuerzos para contribuir eficazmente a la lucha contra la pobreza, asume como propios los Objetivos de Desarrollo Internacional (ODI). En este marco pone en marcha la AGENDA 2015: un programa de sensibilización y educación para el desarrollo que tiene como finalidad difundir los objetivos y animar a la ciudadanía, instituciones, organizaciones de la sociedad civil y sector privado, a sumarse a este esfuerzo común.

Los ODI, llamados también Objetivos del Milenio, cristalizan compromisos alcanzados en las conferencias mundiales auspiciadas por Naciones Unidas en la década de los noventa, y están acompañados por una serie de metas concretas e indicadores objetivamente verificables que permiten valorar el progreso en su consecución. 189 gobiernos, entre ellos España, y representantes de instituciones privadas, se comprometen en la Cumbre del Milenio (Resolución 55/2 de la Asamblea General), celebrada en septiembre del 2000, a realizar las políticas necesarias para que en el año 2015 miles de personas puedan vivir con dignidad.

Los esfuerzos públicos son imprescindibles, sin embargo el logro de los objetivos precisa, no sólo de las instituciones, sino también de la unión de más recursos, energía y voluntad por parte del sector privado y las organizaciones de la sociedad civil. En IPADE entendemos que la creciente subordinación de las metas sociales al mercado global, empresas transnacionales y finanzas especulativas desequilibran las relaciones entre los pueblos y amplían la brecha Norte-Sur. Nuestra apuesta por la democratización y el buen gobierno del sistema internacional, trabajando a favor de un desarrollo para todos, requiere una participación activa de las personas y el ejercicio consciente de la ciudadanía.

Por ello, y con el fin de sensibilizar a la sociedad sobre los ODI y motivar a distintos colectivos a expresar ideas para su logro, la Fundación IPADE y el Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación de la Universidad Complutense de Madrid (IUDC-UCM) convocaron el concurso de relato y ensayo “Contando hasta el 2015”. Con éste, al igual como ya ocurriera con el concurso de fotografía y cartel del año anterior, queremos crear un espacio donde se interrelacionen los mundos de la solidaridad y el arte, así como valorar la creación como impulsora de cambios sociales. Pero sobretodo, queremos acercar a la ciudadanía, desde la expresión individual, a un importante proyecto colectivo: la consecución, para el 2015, de las distintas metas de desarrollo internacional. La respuesta fue contundente: casi doscientos participantes han transmitido sus mensajes a través de su propio lenguaje para que otras personas se sensibilizaran sobre la necesidad de participar en el espacio público a favor de los Objetivos de Desarrollo Internacional. Las obras presentadas nos han mostrado una realidad repleta de historias humanas, donde las partes más sombrías son transformables. Hoy queremos que tú, lector o lectora del libro “Contando hasta el 2015”, también participes.

Área de Comunicación de IPADE

¿Qué puedes hacer tú para que se consigan los Objetivos de Desarrollo Internacional para el 2015?

Darlos a conocer a tu familia, amigos, compañeros de trabajo, jefes, empleados, vecinos, alumnos, profesores, medios de comunicación, tenderos: cuéntaselos, anímalos a que se sumen a este esfuerzo común. En las páginas de IPADE encontrarás información y materiales explicativos. También nos los puedes pedir para que te los enviemos (comunicacion@fundacion-ipade.org).

Escribir cartas a los responsables políticos solicitando su apoyo a los Objetivos y exigiendo actuaciones concretas para lograrlos. Escribe a tu alcalde, presidente de tu Comunidad Autónoma, partidos políticos, Ministro de Economía, Asuntos Exteriores, Presidente del Gobierno, ONU, UE, etc. Apoya a las formaciones políticas que estén realmente comprometidos con los Objetivos. Es importante que los ciudadanos recordemos a los políticos los compromisos asumidos (en la página web de IPADE encontrarás borradores de carta y direcciones).

Organizar grupos de trabajo para discutir las metas alcanzadas y cómo avanzar en los nuevos retos que surjan en años venideros.

Apoyar las campañas y proyectos de las Organizaciones no Gubernamentales de Desarrollo (ONGD) que están trabajando por el logro de los Objetivos. Puedes, por ejemplo, “apadrinar” proyectos de desarrollo con tu aportación económica. En las páginas de IPADE encontraras direcciones útiles de ONGD comprometidas con los objetivos.

Si eres investigador, proponer instrumentos que hagan viable la consecución de los Objetivos.

Asegurarte de que los productos que compras han sido fabricados sin ningún tipo de discriminación y cumplen con los requisitos medioambientales y laborales. Si no es así, no los compres.

Si eres empresario, respetar los derechos humanos y la libertad de asociación; reconocer el derecho a la negociación colectiva, eliminar todas las formas de trabajo forzoso e infantil, así como la discriminación de género. Apoyar la aplicación de un criterio de precaución respecto a los problemas

ambientales, adoptar iniciativas para promover una mayor responsabilidad y alentar el desarrollo y la difusión de tecnologías inocuas para el medio ambiente. Dedicar parte de tus recursos a apoyar los proyectos que las ONGD están desarrollando en los países del sur y en nuestro país.

Si tienes responsabilidades públicas, poner en práctica medidas que ayuden a cumplir los Objetivos de Desarrollo Internacional.

Participar en manifestaciones y movilizaciones que tengan como meta la consecución de algún logro para mejorar el mundo.

Crear, si eres artista, obras con un componente ético que animen a los ciudadanos a luchar contra la pobreza.

Hacer lo que se te ocurra para que a tu alrededor las personas y la naturaleza estén en armonía. Mira cerca y lejos, actúa localmente y piensa globalmente. Échale imaginación y no te la guardes: cuéntanoslo.

¡ÚNETE!: OTRO MUNDO ES POSIBLE Y TÚ DEBES CONTRIBUIR A ELLO

Para obtener más información, visita nuestra web: www.fundacion-ipade.org